

CARLOTA
MANZANO



UNA
SOLA VEZ
EN LA VIDA

UNA
SOLA VEZ
EN LA VIDA

Primera edición.

Una sola vez en la

vida

Carlota Manzano

©Mayo, 2021

Todos los derechos

reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo
2
Capítulo
3
Capítulo
4
Capítulo
5
Capítulo
6
Capítulo
7
Capítulo
8
Capítulo
9
Capítulo
10
Capítulo
11
Capítulo
12
Capítulo
13
Capítulo
14
Capítulo
15
Capítulo
16
Capítulo
17
Capítulo
18
Capítulo
19
Capítulo
20
Capítulo
21
Capítulo
22
Capítulo
23
Capítulo
24
Epílogo

Capítulo 1



Abrochándome los botones de la camisa ante el espejo, pensé que ya quisieran muchos de mi edad conservarse tan bien como yo. No quiero parecer un engreído, pero nadie podía creerse que tuviera cuarenta años.

Las chicas que conocía por ahí en los locales de copas me decían que las estaba vacilando, y es que ninguna me echaba más de treinta o treinta y dos tacos. Supongo que el hecho de no tener ni una sola cana aún en las sienes tenía mucho que ver en el asunto. Cero canas, cero arruguitas en el rostro y cero barba, que siempre me ha gustado ir con la cara bien afeitada.

Además, normalmente suelo vestir de manera informal y muy juvenil, pero aquella tarde de sábado tocaba ponerse un poco más elegante, puesto que había quedado con mi amigo Claudio para asistir a la inauguración de un lujoso bar-pub en uno de los barrios más selectos de Barcelona.

La ropa de pitiminí, como yo la llamo, la dejo para ocasiones especiales. Y para el trabajo, claro está. Un director de banco no puede permitirse el lujo de sentarse en su despacho en vaqueros y camiseta para atender a los clientes, pero el resto del tiempo... difícil era pillarme a mí con traje de chaqueta y corbata.

Ni siquiera aquella tarde. Una camisa blanca arremangada hasta medio antebrazo, un pantalón azul marino de pinzas y unos modernísimos zapatos marrones que tocaba estrenar me parecía el look perfecto para la ocasión. Ni más más ni más menos. Bueno, miento. El Lotus que me había regalado María un par de años antes, puesto en la muñeca, completaba mi atuendo.

Con el pelo ligeramente engominado y un toque de mi perfume preferido de Calvin Klein, parecía yo el típico señorito andaluz. Lo digo sin ánimo de ofender a nadie, ojo, pero esa fue la comparación que me vino a la cabeza mientras me terminaba de abrochar los botones. En ese preciso momento recibí la llamada de Claudio.

—¿Cómo vas, Thiago?

—Ya estoy listo. ¿Por?

—Genial, estoy por ahí en ocho o diez minutos, que me he metido en un atasco que no veas.

—¿Un atasco a estas horas? —Me extrañó, la verdad. Si fuese a primera hora de la mañana,

cuando la ciudad condal es un auténtico caos de gente moviéndose a la carrera por todas partes para ir al trabajo, todavía...

—Bueno, ha habido un piñazo con una moto. Una movida que no veas, ahora te cuento cuando te vea.

—Perfecto, enseguida bajo.

Claudio trabajaba en la misma sucursal bancaria que yo, solo que aquel chaval era un simple cajero, lo que no impidió, como es lógico, que hiciéramos buenas migas desde que entrase a currar allí seis meses atrás.

Mi amigo tenía treinta y seis años y acababa de separarse cuando vino a parar allí. Lo estaba pasando mal, sobre todo porque su ex era una de esas mujeres de armas tomar que le ponía mil trabas para ver a las dos niñas cuando le tocaba recogerlas.

Por mi parte, acababa de poner punto final a mi relación con María, aquella mujer celosa hasta la saciedad. Tres años y medio habíamos estado de noviazgo, tiempo suficiente para entender que lo nuestro no tenía ningún futuro.

No solo por sus celos, que ya bastante con eso. María era una mujer con mamitis aguda crónica. Parece mentira que con casi treinta tacos no pudiera mover un pie sin el visto bueno de su madre.

Aparte, todos los fines de semana sin excepción teníamos que ir a comer con sus “papis”, como ella les llamaba, al chalet en que vivían en las afueras. Y los tres veranos que estuvimos juntos... a Benidorm de vacaciones con ellos, al apartamento que los señores tenían allí, porque “¿qué mejor que pasar las vacaciones en familia?”.

Y como así, tantas y tantas cosas más, de modo que estaba un poco harto del tema. Mandona también, el colmo fue ver a las claras que aquella chica no quería tener hijos.

Al principio no le di tanta importancia, pensando que con el tiempo quizás cambiase de opinión, pero al ver que me estaba equivocando de medio a medio porque nadie la sacaría de sus trece, me dije que por ahí no pasaba.

Tengo cuatro hermanos, tres chicos y una chica, y bien orgulloso que estoy de todos ellos. Los cinco nos llevamos fenomenal y siempre estamos disponibles los unos para los otros en cuanto nos necesitamos.

No es que pretendiera tener en el futuro una familia tan numerosa, pero quería tener al menos un par de hijos que heredasen mi apellido y mis genes. Estaba visto que con María tendría que abandonar mi sueño. Eso o abandonarla a ella, y opté por esto último, aunque ese no fue el único motivo, como ya he explicado.

Claudio tardó algo más de un cuarto de hora en aparecer con su Audi. Venía vestido más o menos en mi misma línea.

—Venga, sube, que nos cierran Barcelona—me dijo a la par que bajaba la ventanilla del

coche.

—A mí no me estreses, ¿eh? que es sábado y hoy no tengo ninguna prisa en acostarme.

—Toma, ni yo. Bueno, aunque mañana tengo que recoger a las niñas a las once, así que tampoco quiero enredarme mucho.

—¿Y todo bien?

—Calla, toquemos madera—el muy vacilón se dio unos toquitos en la cabeza con los dedos—. Últimamente, la madre está más relajada. Yo creo que debe andar con alguien y por eso no chista. Vamos, que parece que está deseando que me lleve a las crías para quedarse tranquila.

—La vida sigue para todo el mundo.

—Estaría bueno. Oye, ¿Has visto la foto esa del local que ha salido hoy en el periódico?

—No, vi una la semana pasada.

—El sitio está guapísimo, tiene un pedazo de terraza así en plan *chill out* que flipas.

—Veremos a ver qué se cuece por allí.

Nada malo, desde luego. Claudio aparcó unos metros más arriba en la misma acera y el portero nos dio la bienvenida allí en el escalón de entrada. “Esperamos que les guste el Karachi”, añadió.

Aquel sitio destilaba lujo por todos los rincones. El ambiente también era de lo más “chic”, con tanta gente elegantemente vestida, charlando animada con sus copas entre las manos.

Mi amigo y yo nos acoplamos en la barra, cerca de un par de chicas más jóvenes que nosotros que andaban ya ahí sentadas en sus taburetes. Me llamó muchísimo la atención una de ellas por su espectacular melena de rizos pelirrojos.

Llevaba un traje de cóctel de color rosa pálido y unos altísimos tacones a juego que no le hacían mucha falta, y es que debía medir cerca de metro ochenta con ellos.

No es que uno sacase ahí el metro, pero fue llegar nosotros y levantarse y salir andando hacia el baño. Un metro ochenta y cinco mido yo y aquella guapísima chavala de ojos verdes casi me alcanzaba.

—Eh—Claudio chasqueó los dedos ante mis narices—, estoy aquí, espabila.

Me había quedado por unos segundos medio alelado, siguiéndola con la mirada.

—¿Has visto qué porte? Ufff, madre mía.

—Ya te digo —me respondió mi compañero alzando las cejas.

Minutos después, la chica volvía del baño y la escena se repitió. Ahí no pude reprimirme y le di las buenas noches educadamente al pasar junto a mí.

—Buenas noches.

No se limitó a corresponder por cortesía a mi saludo con esas simples palabras. La preciosa sonrisa con que las acompañó me cayó de propina, así que no me lo pensé mucho.

Esperé a que se sentase y apurase el último trago de su vaso, le pregunté en voz baja a Claudio

y, con su aprobación, me acerqué a ella.

—Disculpa. ¿Estáis solas? Nos gustaría invitaros a una copa.

La chica, que se quedó un poco cortada, miró a su acompañante antes de volver la cabeza de nuevo hacia mí para disculparse.

—Te lo agradezco muchísimo. Mejor dicho, os lo agradezco, pero estoy hablando con ella de negocios.

—Oh, perdón—Yo sí que me quedé cortado con su respuesta.

—Lo siento mucho. Además, tengo que irme en breve a trabajar.

¿A trabajar? Eso sí que me pilló fuera de juego. Un sábado por la noche y de esa guisa... la verdad es que así de repente no se me ocurrió a qué podría dedicarse.

—Planchazo, amigo mío—Claudio me hizo un gesto de resignación con los ojos.

En cambio, yo no me resigné a dejar la cosa ahí. No es que insistiese más, pero se dio la circunstancia de que media hora después entraron unos amigos de mi compañero a los que, al parecer, hacía bastante que no veía, y se liaron a charlar.

Apenas cinco minutos más tarde, la preciosa y finísima pelirroja cogió su bolso de cartera y se dispuso a salir de allí con la otra chica, que también estaba de muy buen ver, por cierto. Alta, morena, con un vestido muy sexy y tacones plateados, parecía otra modelo de alta costura.

Me disculpé con Claudio y salí tras ellas como un detective de pacotilla. Mi amigo se quedó flipado y quiso saber a qué tanta prisa.

—Ya te contaré—Fue lo único que le respondí.

Capítulo 2



Ambas mujeres desfilaron hacia la puerta acaparando a su paso todas las miradas masculinas, con sus firmes y elegantes andares. Cuando las vi coger calle abajo y acercarse a un lujosísimo Mercedes blanco para meterse en él, tiré para arriba y paré un taxi justo cuando la pelirroja echaba andar.

—Buenas noches, ¿dónde vamos? —Quiso saber el taxista.

Eso quisiera saber yo también, a dónde íbamos, pero como no tenía ni idea ni era plan explicarle que teníamos que perseguir al coche blanco de delante, le dije que tirase, que yo le iría indicando.

Así pues, cada vez que la veía poner un intermitente, le indicaba que tirase a izquierda o derecha, según procediera, y así hasta ir a parar al comienzo del Paseo de Gracia.

Cuando vi que la pelirroja aminoró la marcha y torció a la derecha para entrar con su coche en el garaje de un edificio de alto standing, le pedí a aquel tipo bigotudo que parase ya donde pudiera.

—Muchas gracias, que tenga buena noche. —Se debió poner más contento que unas castañuelas con los cinco euros que le di de propina.

—No hay de qué, buen servicio, amigo.

Y buena pamplina la que yo acababa de hacer, y es que... ¿qué narices hacía allí, en la otra punta de la ciudad, mirando como un idiota los ventanales de aquel suntuoso bloque?

Tal vez la mujer había ido a cambiarse de ropa para ir a trabajar. O quizás me la había dado con queso y aquello solo había sido una mera excusa para quitarse el muerto de encima.

Esperé como unos quince minutos, plantado ahí en la acera como un pasmarote, antes de montarme en otro taxi que me llevase de vuelta a mi casa. De camino, recibí un wasap de Claudio.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? ¿A santo de qué te has largado con tanta prisa?

—¿Sigues ahí? —Desvié el balón porque me sentía un tanto ridículo.

—Claro, seguimos aquí dándole a la alpargata, vente para acá, que no veas cómo se ha puesto ya esto de gente.

—No, tío, tengo un poco de acidez de estómago y no me apetece mucho.

—Qué *jodío*, pues no será por lo que has bebido hoy, que ni te has terminado el primer cubata. Venga, anda, ánimo.

—No, gracias, prefiero tirar ya para casa.

—¿Eras tú el que decía que hoy sin prisas? Como veas, que te compre el que te entienda, pero tú te lo pierdes.

Quizás tuviera razón, pero no me apetecía un pimiento volver hasta allí para juntarme con aquella panda de antiguos compañeros universitarios de mi colega a los que yo no conocía de nada.

Parecerá una estupidez, pero me dije para mis adentros que lo más interesante de ver en aquel lugar ya se había recogido en su casa, así que no dudé en meterme en la mía, ponerme otra copa y tomármela tranquilamente, escuchando música en el sofá.

Seguía dándole vueltas a la cabeza. Con qué arte me había despachado aquella pelirroja tan guapísima y tan bien moldeada...

El viernes de la siguiente semana, al salir a mediodía de trabajar, me encontré de casualidad con un vecino y amigo con quien también había salido por ahí en tiempos alguna que otra vez. Marcos entraba justo en ese momento en la zapatería de al lado del banco.

—Ey, Thiago, ¿ya acabaste por hoy la faena? —Me preguntó sonriendo.

—Sí señor, hasta mañana ya no me ve ni Cristo el pelo por aquí.

—¿Tienes prisa?

—Ninguna, ¿por?

—Échame una mano, tío, que tengo que comprarme unos zapatos para la boda de mi hermana, y luego nos tomamos unas cañejas.

—Vale. —Acepté su propuesta del tirón, y es que no tenía nada que hacer. Al menos, nada que no pudiera esperar.

Después de escoger uno de los pares de zapatos más caros que había allí dentro, entramos a tapear en un bar a la vuelta de la esquina.

—¿Tienes algún compromiso para mañana? —. Estaba visto que pensaba plantearme alguno.

—No, nada.

—Pues vente con Israel y conmigo a tomar un copazo por la noche. Hace un par de días me preguntó por ti.

—¿Dónde pensáis ir?

—A un sitio que quizás no conozcas, pero creo que te va a gustar. Nosotros hemos ido un par de veces. Es un sitio de esos donde uno puede recrearse la vista a base de bien con los bombones que andan por allí. La vista y, si uno quiere, otras cosas también...

Me la vi venir.

—No fastidies, pobre de Elisa. Tu novia tiene ganado el cielo contigo.

—Anda ya, hombre. Te juro por mi madre que en mi vida le he puesto un dedo encima a ninguna de esas chicas. Además, ¿qué te piensas?, ¿te crees que te voy a llevar a un burdel de esos de carretera? Qué equivocado estás, tío.

—Ya imagino que no. De todas formas, a mí es que no me hacen gracia esos sitios.

—Tú lo has dicho, esos sitios. Nada que ver con este del que te hablo. En serio, está muy bien. Vamos, nos tomamos los tres una copa a nuestra bola y sanseacabó.

No sé cómo logró convencerme, pero el caso es que lo hizo, dándome toda la coba del mundo con que por allí solo iba gente de nivel, que si era un lugar súper discreto, que si no sé qué y no sé cuánto.

No obstante, yo tenía más claras que el agua mis ideas en ese sentido. Pensé que no perdería nada acompañándolos, además, no había estado nunca en un local así y tengo que admitir que me picó un poco la curiosidad.

A media tarde del sábado ya me estaba arrepintiendo de haber entrado por el aro. Confiaba plenamente en Marcos e Israel, pero como que no me terminaba de convencer mucho el asunto.

Por no coger de la terraza la plancha, que la odio con todas mis ganas y un poco más, saqué del armario la misma camisa blanca y el mismo pantalón del sábado anterior. Solo me había puesto un rato aquellas prendas y estaban impecables de limpias y estiraditas.

A las diez en punto de la noche ya estábamos los tres en el portal, y es que Israel vivía a dos pasos, tres bloques más arriba. Esa vez habíamos quedado en que iríamos en mi coche, así, si me apetecía largarme antes por lo que fuese, lo tenía fácil.

No quería que se me diese la misma circunstancia de aquella noche, que tuve que coger un taxi para seguir el rastro a la pelirroja y para volver a casa por haber ido en el coche de Claudio.

Marcos se sentó a mi lado, de copiloto.

—Pues tú me dirás para dónde cojo.

—Coge hacia arriba y tira hacia el centro como si fuésemos en dirección a la plaza de Cataluña.

—¿A la plaza de Cataluña vamos?

—Está muy cerca, pero como allí mismo te va a costar Dios y ayuda aparcar, ya te voy diciendo yo.

Se me vino otra vez irremediabilmente a la cabeza aquella atractivísima mujer de voz aterciopelada y preciosos ojos verdes. De haber sido ciertas sus palabras, a esas mismas horas, tendría que estar currando, pero al final me había quedado con que me mintió al respecto.

—Ve despacio ya por aquí, a ver si hay suerte y pillas un hueco—me indicó Marcos, después de dar una buena vuelta por media ciudad.

No hubo manera, por lo que terminé metiendo el coche en un parking público. Tampoco es

que me escornase buscándolo. Gracias a Dios, tengo una buena posición económica como para poder costearme sin ningún problema todas esas pijotadas, al igual que ellos dos.

Estábamos cogiendo justamente la esquina del Paseo de Gracia, cuando mi vecino levantó un brazo y me señaló aquel ático.

—Mira, ahí es.

¿Era posible? La coincidencia se las traía, puesto que se trataba del mismo edificio por cuyo garaje se perdieron aquellas dos finas mujeres. No sé por qué, me había hecho la idea de que iríamos a parar a algún local a pie de calle, pero estaba visto que últimamente no daba una en el clavo.

O sí, y es que, según entré por la puerta de ese enorme ático, me topé cara a cara con ella, vestida precisamente también con la misma ropa que la primera vez que la vi. La única diferencia es que llevaba el pelo recogido en una especie de moño alto, con unos mechones sueltos por los lados que realzaban sus bonitas y graciosas facciones.

Ella, que a juzgar por su expresión también me reconoció al instante, debió sorprenderse al verme por allí. Ni yo mismo me lo creía...

Capítulo 3



—Adelante—lo dijo mostrando una tímida sonrisa. Aquella boca de dientes perfectamente alineados y blancos como la cal bien valdría para un anuncio de cualquiera de esas famosas clínicas dentales.

Ni gracias ni nada por el estilo, le dije. De lo cortado e impactado que estaba, no pude ni articular palabra. Me limité a contestarle con otra recatada sonrisa, agachando ligeramente la cabeza.

Por lo que se veía a simple vista, aquel piso debía ser enorme. Desde el vestíbulo se pasaba a un salón por el que se podría patinar tranquilamente; un salón con luz tenue, mesas bajas con butaquitas circulares de terciopelo en color mostaza y una larga barra en la pared derecha, forrada de polipiel negra con botoncitos de adorno. La musiquilla instrumental era tan sutil como la iluminación.

Perdonad si no estoy muy acertado que digamos con las descripciones, pero lo mío no es esto, sino las finanzas. Lo mío y lo de mi vecino Marcos, que es economista y está al frente de una multinacional.

En cuanto a Israel, es arquitecto. Le conocía desde que, varios años atrás, diseñase a mis padres una casa de película en las afueras de Barcelona. Fueron muchas las ocasiones en que los acompañé a su despacho hasta tener listo el proyecto, aunque para casa alucinante la que él tiene en Salou como segunda residencia, así para los fines de semana y tal. Pufff.

La verdad es que estuve a punto de salir de allí por patas. De hecho, si no lo hice, fue porque Marcos me echó el freno con ese poder de convicción que Dios le ha dado.

—No me seas, tío. No dirás que el sitio no es puntazo.

—No digo que no, pero no me veo. No estoy muy cómodo, te soy sincero. —Diciéndoselo, una preciosa rubia que pasaba por mi lado me clavó la mirada.

—Aquí no queremos que nadie se sienta a disgusto. —Me guiñó un ojo, dejándome más pillado todavía si cabe.

—¿Ves? Nadie te retiene aquí chaval. Este y yo tampoco pretendemos agriarte la noche. ¿Una copa y nos vamos? —me propuso mi vecino.

—Está bien, una copa y nos vamos.

Aparte de nosotros tres, ahí dentro habría unos nueve o diez hombres. Algunos charlaban entre ellos sentados en las butaquitas, mientras que un par de tipos que debían haber acudido en solitario, cada uno en una punta, degustaba una copa sobre la barra mientras hablaba animadamente con alguna de esas chicas que debían trabajar allí.

No tardé en reconocer a la morena del extremo del fondo como su acompañante de aquella noche. El caso es que la pelirroja había desaparecido de mi campo de visión, pero no de mi mente.

—¿Qué piensas? —Israel, viéndome más callado que en misa, me sacó de mi abstracción con la pregunta.

—Ehhhh —titubeé—, nada, nada...

—Cuéntate algo, tío, que hace mucho que no nos vemos.

—A ver, ¿qué te cuento?, mi vida es bastante rutinaria en los últimos tiempos. De casa al trabajo y del trabajo a casa, poco más.

—Y alguna que otra fiestecilla para el cuerpo, ¿no? —intervino Marcos—. Me ha dicho un pajarito que te vio en la inauguración del Karachi.

—Ah, sí, pero vamos... que hacía por lo menos dos meses que no salía a ninguna parte.

—¿Y qué tal estuvo? Dicen que aquello está de puta madre.

—Te han informado bien, lo que pasa es que no me quedé allí mucho tiempo, pero guay, sí.

—Pues nada, si veis que tal, nos pasamos luego por allí a echar otro trago —nos propuso a los dos.

—No sé, no me apetece enredarme mucho esta noche, que mañana es el cumpleaños de mi hermana y va a hacer una paella para toda la familia —le mentí sobre la marcha.

—Ay, Dios, que ñoñón estás hoy—Israel se burló de mí—. Ahora en serio, ¿te ocurre algo?, te veo así como tenso, no sé.

—No, te aseguro que estoy bien.

Era una verdad a medias. Seguía con el “chasco” en el cuerpo, y es que aquello que me dijera la primera noche la guapa pelirroja, en relación al trabajo, empezaba a cobrar sentido en mi cabeza, mal que me pesara.

Desde luego, no andaba por allí visitando a ninguna amiga, no había que ser un lince para darse cuenta de la cruda realidad. Pero era lo que había.

Y, efectivamente, ni Israel ni Marcos mostraron ningún interés especial por las tres o cuatro guapas muchachas que merodeaban discretamente alrededor de nosotros. Alguna que otra miradilla picarona, eso sí, pero poco más.

Me sentí aliviado al abandonar aquel ático. Es más, me animé a seguir por ahí de copas con mis dos amigos y me tomé dos o tres más, aunque no lo hicimos en el Karachi.

Desde ese lujoso edificio del Paseo de Gracia nos fuimos a un pub relativamente cercano al despacho de Israel. Me acuerdo de que, en él, la camarera no me quitó ojo en todo el tiempo y que estos dos no pararon de pincharme.

—¿Qué pasa contigo, macho? —me soltó Marcos en un momento dado.

—¿A qué te refieres?

—Estás más raro que un perro verde, ¿no has visto que la rubia te está comiendo con la mirada? Desde luego, está claro que Dios le da pañuelo a quien no tiene nariz. O a ver si es que ahora te me vas a cambiar de acera...

No era eso, por supuesto que no. La cosa es que tenía una sensación súper extraña después de aquel encuentro. Por un lado, estaba contento por haber vuelto a verla y tenerla perfectamente localizada ya dentro de aquel bloque.

Por otro, pues eso; la cruz de la moneda. Tanto pensar durante toda aquella semana a qué se dedicaría, si estaría casada, si esto y lo otro, para al final descubrir el pastel.

Sé que todos los trabajos son dignos, vaya eso por delante, pero... en fin, que me había quedado bastante chafado, imaginándomela en la intimidad con cualquiera de esos tipos allí bebiendo.

Dos días después soñé con ella. No puedo dar muchos detalles de ese sueño, solo que la reconocí de espaldas por sus largos tirabuzones cobrizos. Se encontraba al pie de un acantilado levantando los brazos y me asusté. Creo que ahí fue justo cuando me desperté.

La gracia es que juraría haberla visto al día siguiente, pasando por delante de la sucursal en que yo trabajaba. Estaba echándole una mano a Marga, una de nuestras cajeras, con una gestión en el ordenador.

A través de la cristalera me pareció que era la misma pelirroja que caminaba a paso ligero acompañada de alguien. Ganas me dieron de salir corriendo para la calle a ver si se trataba de ella o si estaba empezando a tener alucinaciones.

Cualquiera que me escuche dirá que se me estaba yendo la pinza, que a santo de qué tanta obsesión por una persona con la que, a fin de cuentas, ni tenía nada ni siquiera había mantenido una mínima conversación.

Pero la verdad es que me dio fuerte, lo reconozco. Que levante la mano quien no se haya visto en esas al menos una vez en su vida.

Me quedé con aquella duda, pero más tarde, comiendo a solas en mi casa, me dije que hasta ahí había llegado en mis pensamientos. Fin de la historia. Y más o menos lo conseguí, entre el trabajo, un interesante proyecto publicitario que me traía entre manos con mi hermano Joaquín y mis muchas sesiones de gimnasio por las tardes con él, de lunes a viernes.

Una mañana de sábado, un par de semanas después, Israel me llamó por teléfono para proponerme un partido de pádel en el club que dirigía su padre.

—¿Te animas?

—No sé yo qué decirte, tío. Hace como tropecientos años que no juego al pádel. Vamos, que no sé si tendré todavía la pala por ahí por el trastero o si la habré tirado en alguna de las limpiezas.

—Déjate de gaitas, que palas tengo yo de sobra. Entonces qué, ¿te recojo a las doce?

—¿Y con quién vamos a jugar?

—Con mi prima Sara y una amiga suya que está como un queso. Ya verás qué pedazo de pibón.

—Venga, va, pero acuérdate de echar otra pala para mí por si acaso.

—Sí, no te preocupes. Nos vemos en un rato.

—Ok, chao.

El día prometía, y no solo por el plan, sino que hacía una temperatura ideal y lucía un sol radiante, tras una semana de cielos grises y lluvias a tutiplén. Hacía mogollón de tiempo que no me dejaba caer con Israel por el club de su padre; un club de lo más pijo también, con todo tipo de instalaciones, incluido un restaurante donde se comía de maravilla.

No me quedaba ninguna duda de que allí almorzaríamos al terminar el partido. La última vez, después de ponernos hasta la bandera, terminamos en el spa y, más tarde, tomándonos una copichuela en las tumbonas del chiringuito de la piscina. Eso sí que es vida y lo demás es tontería...

Capítulo 4



—¡Hombre, Thiago!, qué de tiempo sin verte por aquí. —Román, el padre de Israel, me saludó efusivamente.

—Sí, ¿qué tal todo? ¿Cómo anda Marisol?

—Bueno, ahí andamos. Tirando, que se suele decir.

—Papá, ¿has visto por ahí a Sara? —le preguntó Israel.

—Sí, acabo de verla saliendo de los vestuarios con otra chica. Creo que iban hacia la cancha de pádel.

—Ok, vamos para allá, que hemos quedado con ellas para echar un partidillo.

—Muy bien, hay que hacer deporte para estar en forma. Después os veo, chicos. ¿Vais a comer aquí luego?

—Pues seguramente. Venga, hasta luego.

—Hasta luego, chavales.

Allí andaban las dos calentando. Aitana, la amiga de la prima de Israel, resultó ser una pija de mucho cuidado. Muy guapa, efectivamente, pero con más cuentos que Calleja. Y con mucha soltura con las palas, por cierto, aunque la otra no se quedaba corta tampoco.

Entre que mi amigo estuvo todo el tiempo más pendiente de ella que de la bola, y que yo hacía un cerro de tiempo que no practicaba ese deporte, aquellas dos nos metieron la del pulpo.

Al terminar, nos dimos un duchazo y nos fuimos al chiringuito a tomar un aperitivo antes del almuerzo. A Israel por poco se le salen ya los ojos de las órbitas cuando vio salir a Aitana de los vestuarios con un trikini estampado que le sentaba de escándalo.

Sentados ya los cuatro en los taburetes alrededor de una mesa alta, le tiró toda clase de puyitas, pero la chica se las iba sacudiendo con más soltura aún que con la que lanzaba la bola al campo contrario con sus diestros raquetazos.

Cómo sería la cosa que llegó un momento en que agarró el móvil, llamó a otra amiga y se enfrascó con ella en una conversación que prolongó adrede hasta acabarse la cerveza.

No contenta, cuando terminó la charla, soltó el móvil en la mesa y, sin decir siquiera por ahí os podráis, enfiló hacia la piscina y se tiró al agua de cabeza.

El muy pánfilo del otro, que se ve que todavía no había tenido suficiente con aquellos “desvíos de bolas”, hizo ademán de levantarse de su taburete para salir corriendo tras ella, pero Sara le agarró por el brazo...

—Sooo, caballito mío. Para ya un poco el carro, ¿no?, ¿no ves que pasa olímpicamente de ti?

—Ayyy, primita, qué ingenua eres. ¿Tú no has escuchado nunca eso de que el que la sigue la consigue?

—Madre mía, tú sí que eres cortito de sesera. Ya puedes seguirla todo lo que quieras, que lo mismo te va a dar.

—Eso lo dirás tú.

—Hijo mío, ¿más claro lo quieres? Pues mira, eso te lo garantizo yo porque sé lo que me digo.

—¿Me estoy perdiendo algo?

—Bueno, para tu información, te diré que Aitana está saliendo con un chico. Por cierto, creo que lo conoces.

Israel se quedó más cortado que la leche con esa revelación.

—¿Que lo conozco? ¿Quién?

—El hijo de Mariano, el dentista.

—¡No jodas! ¿El escuchimizado ese que va por la vida dándoselas de alguien? —Su orgullo acababa de salir a relucir.

—Ese mismo. Ah, y que sepas que es un tío súper guay, no lo conoces.

—Ni tengo interés alguno en conocerlo, ya te lo digo yo también, pero vamos, que el fulano no vale ni lo que dieron por bautizarle.

—Sí, sí, todo lo que tú digas, pero ya quisieras tú estar en su pellejo, ¿no?

—Amos, no me fastidies. Anda que no tiene que comer picos el tío ese para llegarme a la suela de los zapatos.

—No te pases, primito, a ver si va a resultar que eres tú el que va por la vida dándoselas de...

—¿Una racioncilla de jamón para picar, chicos?

Tuve que interrumpirla desviando la conversación porque el ambiente empezaba a ponerse tenso y conozco bien a mi amigo. Muy bueno y muy santo, sí, pero como le provoquen, se le calienta la lengua y es capaz de soltar por la boca cualquier burrada. No era plan. Estábamos allí para echar un buen rato, no para salir tarifando unos con otros.

Aclaradas las cosas, el almuerzo en el restaurante fue mucho más relajado. Quiero decir que Israel ya no tuvo narices de seguir tirándole los tejos a Aitana y todo lo que habló mientras comíamos fue acerca del trabajo, la familia y cosas así, al igual que los demás.

La chavala, como ya dije, es que era muy tontita. No mala gente, pero sí un poco estirada. Llegó a mencionar a Miguel Ángel en dos o tres ocasiones. Al parecer, aquel médico con el que llevaba saliendo apenas dos meses estaba de guardia ese día, de ahí que no se le viera el pelo por

el club acompañándola.

Tras los postres decidimos volver a la piscina, pero Aitana dijo que ella tiraba ya para su casa, que tenía que prepararse un juicio complicado para el día siguiente, y es que la chica era abogada.

La acompañamos a coger su coche hasta el parking de la entrada del club. Acababa de darle al mando para abrir la puerta cuando pasó una mujer por su lado, a quien reconoció de espaldas pese a llevar el pelo recogido bajo una enorme pamea y aquel toallón de playa echado por encima de los hombros. La otra no la había visto.

—¡Hasta luego, Aria! —le dijo en voz alta, llamando su atención.

La chica en cuestión se giró, haciendo que el corazón casi se me saliera de repente por la boca.

—¡Ey! ¡Hasta luego, preciosa!

—¿Todo bien? —Aitana no se conformó con el simple saludo, pero la otra no parecía dispuesta a pararse.

—Todo bien, gracias, es que llevo prisa. —Seguía andando a la vez que le hablaba, con el cuerpo medio girado.

—Venga, me alegro de verte.

—Lo mismo te digo. Chaíto.

Hasta aquí todo bien, de no ser porque aquella muchacha que iba con paso ligero hacia su coche era nada más y nada menos que esa pelirroja que todavía, de tanto en tanto, se me venía al pensamiento. Aria... ¡si es que hasta el nombre lo tenía bonito!

—Que digo yo, Aitana —le dijo Sara a la abogada—, estoy pensando que mejor tiro yo ya también para mi *kelly*. Creo que me voy a ir contigo.

—Pues a tiempo estás, venga, sube que te llevo.

Sobre la marcha se marcharon las dos y allí que nos dejaron con dos palmos de narices. Israel, con la plena convicción ya de que no tenía nada que hacer con la pasota de la amiga de su prima. Yo... con la impresión todavía en el cuerpo y mil preguntas que me asaltaron el pensamiento de golpe.

¿Era Aria una asidua de aquel club? ¿A qué iba por allí? ¿Y por qué sola? ¿La esperaba alguien por ahí? ¿De qué se conocían ella y Aitana?

—Bueno, ¿qué?, ¿un bañito? —Israel parecía no haberse coscado de nada.

—Sí, vamos. Oye, ¿te has dado cuenta de quién era esa chavala?

—¿Esa que acaba de irse?

—Pues claro, no te iba a preguntar por tu prima ni por la amiga.

—No sé, el caso es que su cara me suena de algo, pero ahora mismo no caigo. ¿La conoces tú o qué?

Por un momento se me cruzó por la cabeza la idea de hacerme el sueco, pero de inmediato

pensé que, si quería saber algo más de ella en el futuro, me haría falta tirar de Aitana y de Sara. Más que nada de Aitana, puesto que la prima de Israel no había intercambiado ni media palabra con Aria. Lo mismo ellas dos no se habían visto en la vida. O sí, a saber...

—Tío, es la chavala que nos recibió la otra noche en el sitio ese al que fuimos en el Paseo de Gracia —le conté a Israel.

—¡Ángela María! Con razón me sonaba a mí esa pelirroja. Qué pasa, ¿te hace tilín o qué?

¿Qué podía contestarle? Más que hacerme tilín, me hacía tolón tolón cada vez que la veía de frente.

—Tú sabes...—Traté de disimular un poco, pero mi amigo era más largo que un día sin pan.

—Uff, me da a mí que esa tipa te pone tela. Cuenta, cuenta, so golfo.

—No, si no tengo nada que contar. La vi en la inauguración del Karachi, luego aquella noche y ahora otra vez. No sé nada de su vida.

—Bueno, tanto como no saber nada de su vida... Si no te da una buena pista el que nos recibiera ella misma en persona en aquel piso, una de dos, o estás ciego o estás cieguísimo, tío.

A mi pesar, tenía razón. Yo sabía una de las cosas más importantes sobre ella: a qué se dedicaba. Y me escocía bastante el asunto, lo reconozco.

—En fin—Israel continuó hablando—, yo no digo nada, que luego todo se sabe, pero si tienes interés en esa mujer, se me ocurre una cosa.

Claro que lo tenía, y mucho más de lo que quería admitir para mis adentros.

—¿El qué? Porque lo de preguntarle a Aitana es un cantazo, además, me da a mí que no le caes muy bien—le sonreí en plan burlón.

—Qué capullo eres, pero voy a hacer como que no te he escuchado. No, estaba pensando que podría preguntarle a mi padre por ella, o sea, si viene todos los fines de semana por aquí y tal, y a ver qué me cuenta.

Eso. ¡Buena idea! A ver qué le contaba Román, que para eso era el que dirigía todo aquel tinglado...

Capítulo 5



Estaba nervioso como un enano al que sus padres van a llevar a un parque de bolas. Hacía días que contaba las horas para un encuentro que a todas luces debía parecer casual, aunque no podía ser más premeditado.

La brasa que le di a mi hermano Joaquín durante la semana hizo que tuviera el cielo ganado, porque me comían los nervios.

Desde que Israel me comentó “de buena tinta” que Aria iba por allí todos los sábados por la mañana, ya me vi como asiduo al club.

Por lo que Román le pudo contar, ella una enamorada del spa y pasaba su buen par de horas relajándose en él. A mí lo del spa, en principio ni fu ni na, pero ya me veía a remojo como los garbanzos el tiempo que fuera necesario. ¡Como si tenía que cruzar a nado el temido Cabo de Hornos!

Se me había metido entre ceja y ceja conocerla. Sé que corro el riesgo de parecer un veleta, porque con anterioridad di por finiquitado el tema, pero el cruzarme de nuevo con ella fue trascendental en ese sentido, ¿y si era el destino quien me la puso de nuevo por delante?

Lo primero que he de decir, que es lo mismo que me subrayó una y otra vez mi hermano Joaquín, es que Aria no era una mujer convencional, al menos no lo era por su trabajo. Y yo corría el riesgo de que ese trabajo se me atragantara y no fuera ni para dentro ni para fuera.

No obstante, nunca me consideré un cobarde y soy de los que piensa que vida no hay más que una y debemos vivirla a tope. ¿Que viene un temporal? Entonces toca capearlo y punto redondo.

Hacía varios días que tenía previsto nuestro encuentro, por lo que esa semana tocó ir de compras. Quemar tarjeta en las tiendas puede ser un pasatiempo muy divertido cuando uno tiene una idea concreta en la cabeza.

Estrenando bañador de una mis marcas de baño favoritas, “Octubre”, un básico de calidad, pintón y de lo más cómodo, me dirigí a un club en el que tenía puestas todas mis expectativas.

Román, que era un pájaro de cuidado, de ahí que tuviese a su mujer Marisol más cansada que Falete corriendo una maratón, me brindó su ayuda.

La consigna era que yo me iba a la piscina y ya él me avisaba cuando Aria entrara en el spa.

Habida cuenta que ella permanecía allí un buen rato, yo esperaría un tiempo prudencial y después aparecería como quien lava y no enjuaga.

Mientras me tomaba algo en el chiringuito, vi venir a Israel, una visita que no esperaba.

—¿Eh? Soñando despierto, espabila, que tienes cara de empanado y así no te vas a llevar el gato al agua.

—El gato no, pero con la chavala espero disfrutar de un buen remojón.

—Por no decir también de un buen revolcón, pero si ese ha lugar deberá ser fuera del spa.

—No vayas tú tan rapidito, que te embalas y luego te pasa lo que te pasa. —Estaba de buen humor y quise darle un poco de caña.

—¿Qué me pasa a mí? Cría amigos para esto.

—Pues que en vez de tirarte tú a la piscina, se te tiran las chavalas. —Aludí al episodio con Aitana.

—Mira qué chistoso está él hoy, ¿te pido el pase del club y se te corta del tirón el cachondeito?

Yo no pertenecía a él y, con la amistad de Israel, tampoco me hacía falta, pero me gustaba vacilarle.

—¿Te tomas algo conmigo? Que con lo que te gusta a ti darle a la lengua te veo en dique seco en breve.

Un sol de justicia amenazaba con caer sobre nosotros esa mañana, algo valía que yo esperaba estar a resguardo, en el spa, un buen rato.

—Sí, que hoy es sábado sabadete, y a falta de un polvete, empecemos con algo fuerte.

—Si lo que echas de menos es un polvete, a mí no te me acerques demasiado, *please*.

—Como que me voy a fijar yo en tu culo habiendo por aquí monumentos como ese que está a tus tres.

—Un poco ensiliconada, ¿no?

—No estoy para ponerme exquisito y, además, a mí eso qué me importa. Lo que Dios no le haya dado a la chavala, que lo enmiende el cirujano.

Allí la mano del cirujano se veía por más de un sitio, pues la silicona estaba a la orden del día. Que conste que no tengo absolutamente nada en contra del bisturí, pero donde se ponga lo natural, que se quite el resto.

—Nada, nada, pues ve a hacerte notar un poco, que ser hijo del dueño tiene su punto.

—Sí, sobre todo para pedirme favores, pero a la hora de hacerlos, ya es otro cantar. Mira el otro día Aitanita.

—Pero eso te pasa por fijarte en engreídas, si se le notaba a kilómetros, ¿es que no lo viste?

—Tú déjala, que arrieritos somos y en el camino nos encontraremos.

—Pues yo creo que hay empresas que no merecen la pena, con la cantidad de peces que hay

en el mar, amigo.

—Y en la piscina, y en la piscina. Mira las chavalas que vienen por ahí, ¿son de verdad o me ha dado una insolación?

Israel no se perdía ni una. A la fuerza me metió en la conversación con aquellas dos chavalas que eran hermanas, muy monas, pero con la cabeza un poco hueca, que comenzaron a hablarnos de sus viajes como si fuéramos dos paletos que lo más que hubiéramos visto en la vida fuera Soria.

Capítulo 6



No sé si también os pasará, yo soy de los que desconecta cuando una conversación no me interesa y, copa en mano, contesto que sí o que no indistintamente, caiga o no al pelo.

Estaba en ese modo cuando vi acercarse a Román, con sonrisa picarona, levantando el pulgar.

A partir de ese momento, lo único que hice fue mirar el reloj. Mientras las chicas, que se llamaban Sonia y Elena, iban a aplicarse un poco de bronceador, tuve que escucharle el piquito a Israel.

—Cómo se nota que tienes la cabeza en otra parte, pero estás dos van a pensar que eres autista, tío.

—Anda ya, si les estoy dando palique, ¿no?

—¿Palique? He visto estatuas en el Museo de Cera que hablan más que tú, no me jodas.

—Lo siento, tío, es que estoy a lo que estoy. Aria ya ha llegado y no paro de pensar en cómo entrarle.

—Sé natural, fíjate en mí, ¿a que no se me notan las ganas de ligoteo?

—En absoluto, si la chica es sorda y ciega, no se da cuenta de nada. Salvo que te empeñes en embadurnarla de protector a la fuerza, que también puede pasar.

—Miserable, pues nada, cero consejos. Yo cierro mi boquita y te dejo a tu suerte.

Mejor me iría, que con consejeros así estaba abocado al abismo. Cuando pasó el tiempo prudencial que tenía en mente, dije eso de “pies, ¿para qué os quiero?” y me despedí de los tres.

Entré en el spa y comprobé que no había demasiada gente. En aquel lujoso escenario me puse nuevamente nervioso, pensando que Aria parecería una sirena...Una sirena que lo mismo hacía submarinismo, porque yo no la veía por ninguna parte.

Di una vuelta al ruedo, como los toreros, y entonces la divisé. Con rostro absolutamente relajado estaba recibiendo en los hombros aquellos chorros que caían de arriba en cantidad considerable.

Su altura, y el hecho de que se la veía una mujer de complexión fuerte, evitaba que esos chorros la moviesen de su erguida posición inicial, pese a que caían con no poca fuerza.

Mi estrategia sería la de ir acercándome poco a poco, como quien no quiere la cosa, y hacerme

el encontradizo con ella.

Aria, que nuevamente acudió sola como la semana anterior no me vio hasta que estuve a su lado.

—¡Hola! Parece que volvemos a coincidir, al final va a resultar que Barna es un pañuelo—le solté rollo, “¡qué sorpresa!”

—Eso parece. —No pareció sentirse demasiado cómoda con mi presencia.

—¿Te molesto? —Tampoco quería parecer un grano en el culo, aunque por otra parte con tal de estar cerca de ese trasero, lo mismo me convenía esa degradación.

—No, no tengo la exclusiva de este sitio, claro.

—Ya, ¿sueles venir por aquí?

Inmediatamente me quise morder la lengua, acordándome de que acababa de ver la serie esa de “El Inocente” y en una escena, Mario Casas le hace la misma pregunta a Aura Garrido y ella le contesta que pensaba que ya nadie utilizaba una de esas frases para ligar.

Por cierto, que esa serie tenía también como tema central la prostitución, pero desde su punto de vista más escabroso y cruel, nada que ver con el ambiente en el que trabajaba Aria.

Además, por mucho que a mí a veces se me vinieran flashes que quisiera borrar de mi memoria, en ningún momento la vi yéndose con los clientes. Pese a su juventud, ella debía tratarse de la gerente de aquel negocio en el que las chicas ofrecían sus servicios en las mejores condiciones.

Ya me estoy yendo por los cerros de Úbeda, volvamos a la pregunta que le hice a Aria y que ella respondió con un titubeo.

—Sí, me gusta venir. No te había visto por aquí...hasta el otro día—matizó.

—¿Me viste? —Cuando ella saludó a Aitana se hizo bien la tonta al respecto.

—Sí, andabas con Aitana, otra chica y el hijo del dueño, Israel.

—Sí, la otra chica es prima de Israel, se llama Sara. ¿Puedo preguntarte de qué conoces a Aitana? ¿O vas a pensar que soy un metomentodo?

—Cuando lo piense te lo diré y mis labios quedarán sellados. —Parecía ir relajándose un poco más, algo que me agradó bastante.

A diferencia de otras muchas chicas que pululaban por allí, sus perfectos atributos debían ser todos naturales, incluyendo sus voluminosos labios, que no parecía haber tocado ningún cirujano estético.

—Ok, entiendo, pues entonces cuéntame.

—Estuvimos juntas en el coro de la iglesia del colegio, coincidimos allí.

—¿Fuiste a un colegio de monjas?

—Sí, ¿acaso alguien que trabaja en lo que yo no pudo salir de un sitio como ese?

Acababa de destapar la caja de los truenos, yo no me hubiese atrevido a mencionar nada al

respecto. Lógico que ella me reconociera cuando entré con mis amigos, al igual que a Israel, a quien conocía de vista.

No ocurrió así al contrario, porque Israel no parecía conocerla del club, y ya era raro que a él se le fuera una, pero es que por allí pasaban cientos de chicas y tampoco permanecía el suficiente tiempo como para ficharlas a todas.

—No, yo jamás pensaría una cosa, ni tampoco vendría a importunarte, mencionándote nada sobre tu trabajo.

—Que menciones mi trabajo no me importa en absoluto, que lo veas de un modo peyorativo ya igual me hace menos gracia.

—¿Peyorativo? No, yo no osaría juzgarte por eso.

—Bien, el mío no solo es un negocio como otro cualquiera, sino mucho más honrado que muchos de los de esta ciudad.

—No lo pongo en duda, estoy seguro de lo que dices.

En calidad de lo que fuese, las chicas que estaban bajo su ala cotizaban a la Seguridad Social y desarrollaban su labor en un ambiente que no podía ser más selecto y respetuoso.

—Bien y tú, ¿a qué te dedicas?

—Yo soy director de una sucursal bancaria. Ya sabes, me dedico a las finanzas.

—Entonces como yo. —La convicción con la que lo dijo causó extrañeza en mí, pues su tono no indicaba broma alguna.

—¿Me explicas eso?

—Da igual cuál sea la fuente, todos los que tenemos un negocio nos dedicamos a las finanzas.

—Es una curiosa manera de verlo.

—Es mi manera, y a quien no le guste ¡agua!

Al decir eso de “¡agua!”, se mostró juguetona y levantó un poco. Me sorprendió su gesto tan desinhibido, sobre todo porque no era Aitana la única estirada que andaba suelta por ese club, y la mitad de los que lo frecuentaban eran más tontos que mandados a hacer de encargo.

—Te seguiría el juego, pero nos echarían de aquí, que ya he visto alguna miradilla rara, ¿me aceptarás una copa después?

—Lo siento, pero no puedo quedarme, he de almorzar con alguien.

—¡Vaya mala pata que tengo! ¿Te pillaré alguna vez libre?

—Hagamos una cosa—se me abrió el cielo porque me dio la impresión de que me propondría un plan—, cuando lo esté me colocaré una lucecita verde, como los taxis.

—¡Qué mala! Creía que me aceptarías esa copa o, en su defecto, una cena esta noche. —Ahí ya sí que me tiré sin paracaídas.

—¿Esta noche? Imposible, tengo que trabajar, lo siento. —Me regaló una sonrisa que provocó que yo diera un paso más.

Joder, que no pude estar menos acertado, ¿qué parte de que ella estaba al frente de un negocio nocturno era la que se me había olvidado?

—Pues yo también lo siento, porque no tengo previsto parar hasta que me aceptes una cena; si no es hoy, otro día.

—Eres poco conformista, ¿o es cosa mía?

—¡Bingo! Soy totalmente inconformista. Y cuando se me mete algo en el coco no paro hasta conseguirlo.

—¿Y te has empeñado en cenar conmigo? ¡Qué mono!

¿Qué mono? Ni que fuera eso, un monito de feria. Igual ella, acostumbrada a tanto halago por parte del género masculino, ni me echaba cuenta, pero yo no pararía hasta sacarle un sí.

—Muy mono y todo lo que tú quieras, pero también más pesado que matar a un cochino a besos—le solté y su carcajada también salió de su boca de una forma muy natural.

Pese a que su aire sofisticado era indiscutible, lo que más me gustaba de Aria era cómo lo combinaba con una naturalidad innata que hacía de ella un ejemplar de mujer único e irrepetible.

—Digamos que, por hacerme reír así, te has ganado esa cena. Pero solo una cena, ¿vale? Y no pienses que es una cita ni nada parecido, ¿cómo te llamas?

—Es cierto, ni siquiera nos hemos presentado, yo soy Thiago.

—Y yo soy Aria, Thiago.

—Sé tu nombre, se lo escuché a Aitana el otro día antes de marcharse. ¿Y qué hay de esa cena? —No estaba dispuesto a perder el hilo de una conversación que me interesaba más que ninguna otra.

—Podría ser el miércoles, es la noche que libro, ¿cómo te viene?

—Fenomenal, me viene fenomenal. —Y si no me hubiese venido, habría removido Roma con Santiago para ir a cenar con ella.

Capítulo 7



Fueron unas cuantas las risas que me eché con Aria antes de que saliera en dirección a la sauna.

Habría sido el colmo seguirla hasta allí, pero en el punto medio está la virtud y quizás pecase de baboso de tres al cuarto, no era plan.

Lo que a mí me interesaba, que era sacarle una cena, lo logré y con eso andaba más feliz que un regaliz.

Sus andares hacia la sauna, firmes y decididos, con su melenón pelirrojo chorreante cayendo sobre su espalda y ese elegante bañador verde botella realzando la perfección de su blanca piel, me dejaron allí, solito y resoplando.

Un rato después, mientras yo me miraba las manos y confirmaba que parecían las de un señor de doscientos años, volvió por allí, se agachó y me susurró un “hasta el miércoles” en el oído que casi hace que se me caiga el bañador hasta el fondo de la piscina.

Lo que hubiese faltado, sobre todo porque tenía cerca a una señora de unos sesenta y pico años, que debía ser extranjera y que me recordaba a mi madre, comiéndome con la mirada.

De chiste sería verme por allí, con la minga fuera y la señora empeñada en saber si tal “obsequio” estaba o no dedicado a ella. Antes me la corto, pero eso no se lo iba a decir a ella.

—¿Qué, has triunfado? —me preguntó Israel cuando me vio salir como Garbancito del spa.

—He triunfado, sí, y casi me han violado, necesito una birra para olvidarlo.

—¿La pelirroja ha querido abusar de tu inocencia en el spa? Joder, tío, habérmelo dicho y te lo vacío de gente con cualquier excusa.

—No, con la pelirroja ha ido bien, pero no tanto. La que me estaba atravesando con la mirada era una señora mayor, la pera, vamos.

—Vaya tela. Y encima, como tienes pinta de yogurín, al saber lo que se estaría imaginando— entrecerró los ojos.

—Ni una palabra más o para el agua que vas, a mí no me cortas la digestión porque te dé la gana.

—Qué suspicaz. Y otra cosa, ya te puedes tomar esa copa rapidito que almorzamos en la

mejor mesa de la terraza con Sonia y Elena.

—¿Qué dices, tío? No me seas liante, que me vas a dar otra sesión igual que la del otro día, con tu prima y Aitana.

—Perdona por traerte a este antro de perdición y darte de azotes con el látigo, ¿qué tendrás tú mejor que hacer? Y ahora, mientras nos traen la birra, ve soltando por la boquita todo lo de la pelirroja.

—Pues mira, lo que he sacado en claro es que se trata de una mujer súper segura de sí misma, que lleva por bandera su negocio y que podría ser la madre de mis hijos.

—Para, para el carro, que vas tú muy rapidito, ¿la madre de tus hijos has dicho? Pero tío, ¿a ti te patinan las neuronas? Es una prostituta, de lujo, pero una prostituta.

—Páralo tú. Técnicamente es la madame del negocio, y eso no es lo mismo.

—Vale, ¿y te ves con alguien así? No me lo estás diciendo en serio. Mira, yo puedo parecer un poquillo desesperado a veces, porque me gusta más una falda que a un tonto un chupa-chups, pero sé que hay determinadas líneas que es mejor no traspasar.

—Pues a mí tus líneas me la sudan, yo quiero conocerla.

—Luego va a empezar el Cristo a padecer, y seremos tus amigos los que tengamos que aguantarte, ¿qué te juegas?

El almuerzo no fue mejor de lo que yo pensaba, que aquellos dos parecían ser las embajadoras de Halcón Viajes.

—Pues mi hermana y yo estamos preparando nuestra siguiente escapadita a las Seychelles, que igual nos animamos y hacemos nuestros primeros pinitos como *influencers*. —Era Sonia la que hablaba, mientras Elena asentía bobalicona.

—¿A las Seychelles? Mira tú por dónde, si yo estoy deseando darme una escapadita también por ahí—les siguió el rollo Israel.

—¿Sí? Pues os podéis venir. Incluso podríamos hablar con tu padre de hacerle publicidad al club a cambio de que...

No, si Román sería el que pagara el pato de las ganas de ligar de su hijo, que aquellas dos tendrían la cabeza hueca, pero también eran dos chupópteras de cuidado y le plantearon que fuera su padre el que pusiera por delante la pasta gansa para que se pegaran la gran vida en aquellas paradisíacas islas.

La conversación con las hermanas me dio que pensar. Supuestamente, las prostitutas eran otras, pero había muchas formas de prostituirse, porque no sé cuántos planes pusieron encima de la mesa y todos con el mismo fin; el de no sacar la cartera ni por equivocación.

—Son majas, ¿verdad? —me preguntó Israel cuando por fin aquellas dos cotorras se fueron con la música a otra parte.

—No quiero saber cómo harás tú los planos, porque la vista la tienes fatal.

—Tonterías, incluso había pensado en invitarlas un finde a mi casa de Salou, ¿no te apuntas?

—Ni en broma, llévate a Marcos. No he dicho nada, pobre Elisa.

—¿No te provocan nada? Porque buenas están tela, las dos.

—Sí, sí que me provocan...Pero un dolor de cabeza de espanto.

—Joder, tío, es que estás de un tiquismiquis que no veas. Si no es la pelirroja, no te vale nada.

—Pues mejor para ti, a más cabes.

—No me digas eso que entonces sí que me subo por las paredes, ¿te imaginas que me lo monto con las dos a la vez?

—¿Te imaginas que te dicen que no? Pues claro, majadero, si es eso lo que quieres, ¿no has visto que esas hacen el pino puente con tal de que pongas la cartera por delante?

No soportaba a ese tipo, no voy a decir ya de mujeres porque sería totalmente injusto, lo que no soportaba era a ese tipo de personas que van por la vida haciendo suyo eso de que “por dinero baila el perro”.

Aria me parecía la antítesis de eso; una mujer fuerte y valiente que se ponía el punto por montera y que, con toda la elegancia del mundo, defendía su negocio como una jabata.

¡Con un buen par de ovarios!

Capítulo 8



El resto del finde me lo tiré a la Bartola, soñando con esa cena del miércoles, para la que reservé en uno de los restaurantes más selectos y exclusivos de Barcelona. La ocasión bien lo merecía, hasta iría de compras aquella semana para lucir perfecto.

El miércoles hice una excepción y acudí a mi cita en traje, si bien se trataba de uno informal en azul cielo, sin corbata y con los complementos en marrón; un capricho que me di y que lucí con ilusión al volante de mi coche camino a recogerla.

Aria no vivía en el mismo piso en el que trabajaba, pero sí en otro cercano. Estar en la misma zona le permitía la comodidad de no tener que moverse a diario, pero las dos calles que separaban un piso del otro le daban la privacidad que deseaba para su vida.

Un nuevo traje de cóctel, en esta ocasión en blanco con vivos estampados en rojo, hizo que a mis ojos les costara permanecer en sus cuencas, igual que a los del resto de los viandantes con los que se cruzó antes de que me bajase a abrirle la puerta del coche.

—Si querías dejarme en pañales, habérmelo dicho y ni me preocupo en vestirme—le comenté risueño.

—¿Qué dices? Pero si vas ideal.

—¿Y me lo dices tú? Si quieres hacemos una encuesta, aunque supongo que una mujer como tú ya estará acostumbrada a que la miren allá por donde vaya.

—Pues igual que un hombre como tú ni más ni menos.

No me tengo por feo ni nada que se le parezca, pero para mí que Aria jugaba en otra liga, quizás también porque ella se desenvolvía en un mundo en el que la imagen era su principal carta de presentación.

—Me he permitido reservar en Nerika, espero que te guste el sitio.

—Todavía no he ido desde que cambió de manos, si bien sé que el cambio ha sido para mejor, está totalmente en boga.

—Y que lo digas, ¿sueles salir mucho a cenar?

Si hubieran rifado un premio entre todos los patosos de la ciudad a mí me habrían tocado dos; uno por patoso y otro por si lo perdía.

—Ya sabes que solo libro la noche del miércoles. Y la mayoría de las veces lo que tengo ganas es de descalzarme, recogerme el pelo, ponerme un pijama cómodo y quedarme viendo alguna serie en el sofá junto con Ivette.

—¿Con Ivette? ¿Quién es Ivette?

—Mi hija de doce años, ella es Ivette.

—¿Tienes una hija de doce años? Pero ¿puedo preguntarte cuántos tienes tú?

—Treinta y dos, yo tengo treinta y dos.

—Ok, yo tengo cuarenta, ¿demasiados para ti?

—Demasiados, ¿qué?

—Años, qué va a ser.

—¿Tú no sabes eso de que no pesan los años, sino que pesan los kilos?

—Sí, eso está muy bien, como tantas cosas en la teoría.

—Cuarenta años estaría genial si yo quisiera pareja, pero ya te dije el otro día que no busco nada. El pack lo formamos Ivette y yo solas, así ha sido siempre y así seguirá siendo.

—Permíteme el comentario, pero tu hija tendrá padre, ¿no?

—Permíteme tú que me ría de padres como el de mi hija.

Comprendí, por el mutismo tras esas palabras, que no era algo de lo que quisiera hablar.

—¿Y ahora con quién se ha quedado Ivette? No me lo digas, con los abuelos, que la estarán malcriando.

—Tampoco hay abuelos. Cuando te digo que estamos las dos solas es justo eso; solas.

Antes de que creyera que yo era cortito, más me valía no opinar más al respecto.

—Ok, no me meto donde no me llaman, vale.

Me pareció un poco triste, eso sí. Quizás porque yo procedía de una familia tan numerosa que el visualizarlas siempre solas se me hacía un tanto extraño. Aunque vida social sí que tendrían en grandes cantidades y supuse que eso mitigaría la falta.

—Tú tienes pinta de venir de una familia numerosa. Y hasta más te diría; eres el pequeño y el consentido de la casa.

—¿Lo llevo en la frente o es que has contratado a un detective privado?

—No hacen falta detectives para ver ciertas cosas, solo hay que observar.

—Y por lo que veo tú eres una superdotada en eso, ¿qué más ves en mí?

—Que te gustan los niños, que te encantaría tener familia y que buscas a la candidata ideal para ello.

—No sigas, que tú misma te vas a asustar, y yo tengo la cremallerita echada en los labios.

Bien es cierto que era así porque no tenía más remedio, que ganas no me faltaban de besar sus sugerentes labios, tan a tono con el estampado de su vestido.

—¿Asustarme? No tengo por qué. Yo sé cuál es el camino que quiero seguir y tú lo mismo

con el tuyo, lo que no quita que podamos ser amigos.

La estábamos jodiendo otra vez, pero si se había creído que a base de decirme esas cosas me iba a quitar la idea, estaba rematadamente equivocada.

Lo que sí he de reconocer es que me quedé en shock con la repentina entrada en escena de Ivette. En ningún momento se me pasó por la mente que aquella hermosura fuera madre, y menos de una preadolescente.

—Paso palabra, ¿me contestarás con quién está ahora tu niña?

—Con Aurora, la mujer que la cuida. Es de mi total confianza, está con nosotras desde hace mucho, Y otra cosa, el rollito de comenzar a interesarte por la hija para llevarte a la madre al huerto también está muy visto, avisado quedas.

—¡No seas bicho! —me quejé.

Aria tenía una coraza enorme y no iba a ser moco de pavo quitársela, advertido estaba.

No obstante, mi paciencia podía llegar a ser infinita, por mucho que de ello todavía no tuviera constancia aquella preciosidad.

Capítulo 9



En el restaurante no cabía un alfiler. El ambiente veraniego se notaba y la gente VIP se dejó caer por aquel lugar de moda, pese a ser un día de entre semana.

—Está de lo más concurrido, ¿estarás cómoda?

—¿Por? Claro que estaré cómoda.

Un especialista en meter la pata, cuanto mejor quería hacerlo, más la metía hasta el fondo.

—Claro, es solo que me apetece que estés bien.

—De no estar bien, me habría marchado ya.

Fue llegar y, entre las muchas miradas que le dirigieron, reparar en que una era especial. Un hombre de unos cincuenta y cinco años, apuesto y con pinta de ricachón, no dejaba de mirarla por el rabillo del ojo.

—¿Conoces a ese hombre? Porque te mira como si fueras, no sé...

—Sí, es uno de mis mejores clientes. Y tranquilo, quien está incómodo es él.

Comprendí sus palabras a la perfección, ella iba de frente y, aunque no llevaba una pancarta publicitaria de su negocio, no se escondía de nadie. No podían decir lo mismo tipejos como aquel, con sus mujeres al lado y deseando darles la vuelta para ir a un piso como el de Aria.

—Pero supongo que él sabe de tu absoluta discreción. Ahí debe estar la clave de tu éxito.

—Naturalmente, salvo que alguien quiera buscarme las cosquillas en alguna ocasión, que ahí sí que podría tirar del arsenal pesado.

Entendí también, y de pronto, que el silencio de Aria era un bien a conservar por todos sus clientes. Si le daba por tirar de la manta, rodarían cabezas, por lo que a ninguno de aquellos hombres les convenía en absoluto que los relacionaran con ella.

Dije lo de la clave de su éxito por decir, porque su éxito se basaba también en otros muchos factores, como ofrecer un servicio de total calidad, hacerlo en el más selecto de los ambientes y lograr que todo el que pasase por su piso, con ganas o no de hincarle el diente a una de las chicas, saliese contento.

En mi horizonte no entraba; pagar por sexo no era algo que pudiera hacer y quedarme tan campante. Respeto todas las posturas y, sobre todo, la de aquellas personas que lo hacen para

cubrir ciertas carencias en sus vidas, pero yo no lo haría.

No añadí nada a lo que me comentó. Tan solo quise interesarme por su día a día, dejar de lado su profesión y encontrar puntos en común.

—¿Qué te gusta hacer cuando no trabajas aparte de estar en el sofá con Ivette?

—Bailar, también me gusta bailar, igual que a ella. Está en clase de baile moderno, una mezcla de todos los estilos, disfruta mucho; la llevo todos los sábados por la mañana.

—Ajá, y mientras ella está en sus clases tú vas al spa del club, ¿no? De lo que también deduzco que tu compromiso del otro día para almorzar era con ella.

—Sí, paso todo el tiempo que puedo con mi niña. Le dedico tiempo, que creo que es lo mejor que puede regalarle una a las personas que quiere.

—En eso estoy totalmente de acuerdo. En eso y en que ella estará muy orgullosa de su madre.

—De su madre sí, aunque no hace falta que te diga que ella no sabe a lo que me dedico ni falta que le hace.

—Por supuesto. ¿y qué más hacéis juntas?

—Tú erre que erre, ¿eh? Y mira que ya te he dicho que no te va a valer de nada, eres un poco cansino.

—¿Y qué si lo soy? Déjame que me interese un poco por tu vida, por favor.

—¿Con qué fin u objeto? ¿Me lo quieres contar?

—¿De veras me vas a poner en la tesitura de que te lo cuente? ¿No se me nota que me gustaría conocerte mejor?

Si quería derribar su coraza, no debía yo ponerme otra, ni andar con estrategias ni con sandeces de ese estilo.

—Mira, me resultas encantador, eres muy educado además de atractivo y un amor de hombre, pero yo no busco nada. Si te conformas con mi amistad, fantástico. Pero si no, desde ya te avecino que pierdes el tiempo.

Me daba igual lo que dijera, para mí no era una pérdida de tiempo.

Una pareja llegó y se sentó en una mesa relativamente cercana a la nuestra. No les presté demasiada atención hasta que vi que se trataba de Saturnino, uno de los peces gordos del banco, que no estaba acompañado por su mujer.

—Perdona un momento, tengo que ir a saludar. —Me levanté y le estreché la mano.

—Hola, Thiago, te presento a mi nueva pareja, Victoria.

Joder, joder, que ella no me conocía a mí, pero yo sí que la había visto en fotos con las niñas de Claudio. Victoria era su nombre, pero aquella mujer era justo lo que debió cantar al echarle el lazo a Saturnino, que parecía una momia a su lado; más de treinta años debían llevarse.

Haciéndome el tonto me volví para mi silla. Suculento cotilleo el que tendría para mi amigo a la mañana siguiente.

—Pues hablando de cosas raras, ¿ves esa pareja? Ella es la ex de Claudio, el chico que estaba conmigo el día que nos conocimos.

—¿A ver? —Los miró con discreción. —Ella es ambiciosa, ¿no?

—Entonces no soy solo yo el que lo piensa.

—Mira, no lo digo ya por la diferencia de edad. Sé que puede parecer imposible, pero una persona puede enamorarse de alguien con quien se lleve muchísimos años, pero se ve que no es el caso. Ella pasa olímpicamente de él, solo quiere su cartera. Y él tampoco es que esté encoñado, porque pasa de ella igual, solo quiere exhibirla como un trofeo. Y un trofeo temporal, porque no es su tipo.

Boté en la silla. ¿También lo conocía? Vaya si era grande Barcelona, pero también era verdad que su círculo más selecto no lo era tanto.

—No me digas que él también es...

—Cliente y de los de siempre. Le gustan más las chicas mulatas, pero las reserva para la cama.

—¿A Saturnino le van las mulatas?

Uno no se imagina cuáles pueden ser los gustos sexuales de la gente y aquel dato me cogió de sopetón. Él, que pese a nadar en billetes era tan poquita cosa... No me lo imaginaba de papi chulo de ninguna morenaza de escándalo...

—¿Te importa que Saturnino te haya podido ver conmigo? —No teníamos certeza de que así fuera, pero cabía la posibilidad y ella quiso saberlo.

—No solo no me importa, sino que me gustaría; me gustaría que todo el mundo viera la suerte que tengo de estar acompañado por una mujer como tú. ¿Quieres que vayamos a bailar?

—Me encantaría, lo que pasa es que mañana tengo que trabajar a primerísima hora. He de acudir a una reunión, pero no me pongas esa carita.

—¿Quieres que la quite? Pues entonces tendrás que prometerme que volveremos a cenar el miércoles que viene.

—Pero yo ya te dije que...

—Yo no he dicho que se trate de ninguna otra cita, ¿o es que dos amigos no pueden cenar un par de semanas seguidas sin que huela a boda?

—Tú ganas, eres muy cansino. Nos veremos el miércoles entonces...

—O a lo mejor antes, que igual me apetece pasarme por el spa el sábado por la mañana, pero eso no cuenta.

—¿Eso no cuenta? Yo creo que tú tienes mucho morro—me comentó cuando íbamos en dirección a mi coche.

—Y yo creo que a ti te gusta que lo tenga, ¿me das tu teléfono por si me surge algo y tengo que cancelar la cita? —Le guiñé el ojo. Lo que tenía que surgirme para eso no podía ser de

magnitud menor que una catástrofe natural y aun así veríamos.

—¿Lo quieres para cancelar la cita en caso necesario o para mandarme mensajitos de esos románticos con corazones? Mira que yo no juego a eso, ¿eh?

—¿Ni con un solo corazón? —La miré con carita de bueno.

—Ni con medio. Si empiezas así, te bloqueo y asunto concluido, que tengo muchas cosas en las que pensar para andarme con esas ñonerías. El que avisa no es traidor, Thiago.

—Entonces de que me des un beso de despedida ya me puedo ir olvidando, ¿no?

—Te voy a dar dos; uno en cada cachete, ¿te vale?

Capítulo 10



—Claudio, vas a flipar, no te imaginas a quién vi anoche cuando salí con Aria.

—¿A tu ex? Porque basta que uno diga de rehacer su vida para que se den esas casualidades.

—No, a la tuya.

—¿A la mía? ¿A mi qué? No te entiendo.

—Pues tampoco es tan difícil. Oye, ¿tú qué clase de pruebas pasaste para entrar en el banco? A ver si vamos a tener que revisarlas. Vi a tu ex, a Victoria.

—¿A Victoria? ¿Dónde?

—En Nerika.

—¿En Nerika? Joder, a ver si se estaba puliendo allí el dinero extra que me ha pedido para los Brackets de las niñas.

—No, no te preocupes, que los piños de las nenas van a estar más derechos que nunca. Allí el que partía el bacalao, y el que sacaba la cartera, era Saturnino, nuestro Saturnino.

—¿Saturnino? ¿La momia esa? Anda hombre, no me jodas. ¿Qué día es hoy? ¿El de los inocentes? Tú has debido pensarte que soy tonto de remate, ¿cómo me voy a creer eso?

—No es coña, tío, sé que te va a costar digerirlo, pero estaba con él. Y estaba, estaba, ¿eh? Que me la presentó como su pareja.

—Me cago en la madre que la va a parir de nuevo, que por cierto es la bruja de mi exsuegra, ¿tan bajo ha caído esta mujer?

—Según como lo mires, que hay quien diría que ha picado muy alto.

—Ya, ya, pero que si a ella le gusta ese hombre, que venga Dios y lo vea.

—No creo que a Dios le importe demasiado con qué viejuno se acuesta tu ex, la verdad.

—Y a mí tampoco, que yo lo único que sé es que estoy feliz de que no me ponga trabas con las niñas, pero es que me he quedado con las patas colgando.

—El que se va a quedar con las patas colgando cualquier día va a ser él. ¿te los imaginas en la cama?

—Joder, ¡qué asco! —Le salió café hasta por la nariz, mi camisa tampoco se salvó de la escabechina.

—Bueno, a ti lo que te interesa es lo que te interesa, y mientras te dure el chollo, disfrútalo.

—Sí, ya me imagino a mis niñas, con lo saladas y resueltas que son, llamándolo “yayo”, lo van a tener frito.

—Con todos mis respetos, yo a ese hombre lo veo como al Sr. Burns, el jefe de Homer Simpson, no me lo imagino haciéndoles de caballito a tus niñas, sobre todo porque se puede partir en dos.

—Eso, y anda que no hay que darles cuerda, mejor que a las niñas no se acerque, no vaya a ser que termine criando malvas.

—Un poco nos estamos pasando, ¿no? Que el tío tampoco es Matusalén.

—Pues poco le faltará, vaya con el ojito de Victoria, ¡quién me lo iba a decir! Bueno, bueno, esto es totalmente increíble.

—Increíble no hay nada en la vida. Y si no, que me lo digan a mí, que me ha salido una hija.

—¿Una hija? ¿Te han puesto una demanda de paternidad como las de Julio Iglesias? Cuenta, cuenta...

—Que no hombre, que no, que resulta que Aria tiene una hija con doce años, se llama Ivette.

—¿Con doce? Se llevaría genial con mis niñas, que tienen diez y once.

Claudio fue padre joven, aunque no tanto como Aria, que esa sí que me dejó descolocando, teniendo a su niña cuando ella era poco más que una cría también.

—¿Te imaginas que nos vamos todos por ahí con las nenas?

—¿En ese “todos” no incluirás a su madre y a la momia? Porque mira que puedo echar la pota, amigo.

—No, no, que ya rozaría la perversión. Y más si te dijera que...

—¿Qué? Suéltalo ya todo y me tomo sal de heno para la acidez.

—Que encima Saturnino es un poco...

—¿Que le va el rollo de las prostitutas? No jodas, pero esto qué es, ¿una especie de *reality*? ¿De qué más nos vamos a enterar?

—Ojo, que esa información es totalmente confidencial. Te lo he comentado porque sé que eres una tumba, pero ni se te ocurra soltarlo en ningún sitio.

—¿No? Mira que yo había pensado en ponerlo en una pancarta en la puerta del banco, qué malaje tienes.

—Sin tonterías, ¿eh? Que nos la jugamos todos, pero que entretenidos estamos.

—Habla por ti, que a mí parece que me han sacado del mercado de una patada.

—No es eso, es que hace poco de tu separación y no has llegado a meterte a fondo.

—Ni a fondo ni de ninguna manera, que yo no he vuelto a catar hembra.

—Ya llegará, no desesperes.

—A ver, porque dicen que ahora, con lo mucho que el *Satisfyer* está atinando, se nos va a

poner a los hombres la cosa más difícil.

—¿Más difícil? ¿Y quién es el pájaro de mal agüero que dice eso?

—Yo qué sé, son las tontunas esas que se leen en el Face y tal, que uno se aburre por la noche y se traga cualquier cosa.

—Eso ha sonado fatal, ¿tan desesperado estás?

—¿Y tú? ¿Tantas ganas tienes de llevarte un piñazo?

—Un respeto, hombre, que soy tu jefe.

—Tú eres mi jefe cuando te conviene, que me tienes como un panderetillo de bruja.

—¿Y lo bien qué te lo pasas? ¿Y la información que te doy?

—Lo de la información sí que tengo que claudicar y darte la razón; es muy *heavy*.

—¿Sí verdad? Pues no te preocupes que ya irán llegando los siguientes capítulos del culebrón, que esto va a dar mucho de sí.

—Hombre, tanto como mucho de sí... Para mí que Saturnino debe tenerla ya como una alcayata, pero si tú lo dices.

—Joder, ahora eres tú quien me va a levantar el estómago a mí.

—Donde las dan, las tomas, ¿quieres sal de heno?

—¿Quieres irte un poquito al cuerno?

—Mira, pues de eso no sabía que tuviese, pero ahora... ¿Si todavía no tienes los papeles del divorcio se consideran cuernos?

Se lo había tomado con la máxima deportividad, pese a que la noticia no podía ser más esperpéntica. Cada uno tenía su cruz y la de él era una ex que tenía ideas de bombero retirado.

La mía pasaba por tener que convencer a Aria de que me interesaba de veras, así como Ivette; esa niña a la que todavía no le había visto la cara, pero que ya estaba también en mi horizonte.

Capítulo 11



No le había prometido nada a Aria y, cuando ella accedió a darme su número de teléfono, sabía perfectamente a lo que se exponía, ¿no pensáis lo mismo? Pues naturalmente que sí.

“Ya queda menos para el sábado, me da igual arrugarme como una pasa, pienso estar en el agua contigo hasta que me salgan aletas, que lo sepas. Ah, y de paso te diré que ahí va eso...” — ¿Qué era “eso”? Pues el montón de corazones al que ella sabía que estaba expuesta.

“Qué te has creído que eres, ¿un Aquaman de la vida? Y lo de los corazones haré como que no lo he visto”.

“Me rompes el corazoncito cuando haces esas cosas.” —Nuevo emoticono al canto, esta vez el del angelito.

“¿Corazoncito? ¿Qué es eso? Anda, descansa”.

Si ella supiera que me costaba descansar y el motivo... Saberla en su trabajo, rodeada de hombres, me daba ardores de estómago.

Me metí en el Facebook y mira tú por dónde, vi que la tontorrón de Aitana me había enviado una solicitud de amistad. Esa era la mía para tratar de sonsacarla un poco, para saber algo más de aquella pillina que me estaba robando el sueño.

Acepté su solicitud y debía estar aburrída como una ostra. Eso o a mí se me estaba apareciendo la virgen, porque vi el típico saludito de la manita.

En cualquier otra circunstancia, pensaría que era más tonta que una caída de espaldas y pasaría de ella, pero en aquella me venía que ni de perlas su aburrimiento.

—Buenas noches, Aitana, ¿mirando cosillas en el Face?

—Sí, es que me has salido como “personas que quizás conozcas” y he pensado que sí, que eras el perdedor del pádel, junto con Israel, que los dos ostentáis el mismo honor.

¿Era o no era para mandar a hacer unas pocas de puñetas a la cuentista aquella? Era, era, pero concluí que sería mucho mejor darle carrete y enterarme de alguna cosilla que me interesase.

—Ya, ya, sí que nos cogisteis por sorpresa. Por cierto, una cosilla que te quería preguntar, ¿de qué conoces tú a la chica esa a la que saludaste al salir del club?

—¿A qué chica? Yo es que voy saludando a gente hasta debajo de las piedras, ¿sabes? Es que

soy muy popular.

Y una pija engreída de mucho cuidado también era, pero no era plan de espetárselo en toda la jeta.

—Ya, ya, pero me refiero a la chica pelirroja, la que llevaba una pamelita grandota.

—Ah, ya caigo, Aria... Buff, la conozco desde hace un montón de años, del cole.

—¿Del cole? —Me hice el sorprendido, como estaba mandado.

—Sí, es que canta como los ángeles. Que no es que yo cante mal, ¿eh? Que también estaba en el coro, pero lo de ella era una pasada. Las hermanas decían que cantaba como los mismos ángeles.

—¿Sus hermanas? ¿Tiene hermanas? —Eso no me sonaba.

—No, hombre, las hermanas, las monjas, ya sabes.

—Ah vale, ok, ok.

A los que nos hemos educado en centros laicos, nos cuesta encajar ese tipo de conceptos.

—Mira, yo lo único que puedo decirte es que la chica es una superviviente. Es una gran empresaria, ¿sabes? No sé a qué se dedica exactamente, pero se ha hecho a sí misma, porque tiene un estatus que se lo ha ganado a pulso. A ver, no es porque yo quiera presumir de nada, pero en mi entorno no suele haber...

La pija aquella era para pedir una boquita prestada, solo le faltó decir que en su entorno no había “muertos de hambre”, pero le seguí la corriente porque me interesaba mucho que siguiera contándome cosas de su pasado.

—¿Y por qué dices que se lo ha ganado a pulso?

—Oye, ¿y tú por qué tienes tanto interés en saberlo?

—Venga, ¿qué te cuesta? A mí que es un chisme me puede.

Yo me había dado cuenta de que ella era chismosa, porque el día que jugamos al pádel le hizo un par de comentarios a Sara, rollo “la vieja del visillo” que no tuvieron desperdicio. Y le dije que yo era igual.

Tampoco la suya parecía ser una relación de diario. Ni siquiera sabía la verdadera naturaleza de su negocio, por lo que no creía que fuera a irle a Aria con el cuento.

—Así que eres un chismosillo, ¿eh? Y luego decís de las mujeres. Bueno, va, pero porque eres amigo del primo de Sara, que si no...

Que, si no, me lo contaría igual, porque se notaba que estaba deseando.

—No sabes lo que te agradezco que tengas esa deferencia conmigo.

—Bueno, pero si algún día necesito un favor en el banco, acuérdate.

También era de esas personas que se cobraban los favores, pero yo le hubiera vendido mi alma al diablo con tal de saber más cosas.

—Cuenta con ello.

—El asunto es que esta niña llegó al cole por la puerta de atrás, tú ya me entiendes.

—¿Por la puerta de atrás? Pues mira, me sobreestimas, porque no tengo ni idea de a lo que te refieres.

—Thiago, hombre, ¿no sabes que en ciertos colegios religiosos de prestigio hay niños con los que se hacen obras de caridad?

—¿Obras de caridad? Pues lo siento, pero es la primera noticia que tengo.

En mi casa nunca hubo ambiente religioso y a mí ciertas cosas como que me quedaban muy lejos.

—Pues sí que estás enterado tú. A ver, en mi cole casi todas las niñas veníamos de familias acomodadas, salvo unas cuantas que estaban becadadas y que vivían allí.

—¿Sus familias no podían mantenerlas?

—No podían o no sabían o no les daba la gana, vaya usted a saber, porque allí había desde niñas huérfanas hasta otras cuyos padres eran drogadictos o gente que no quería dar palo al agua. También había maleantes y otros que eran simplemente pobres de solemnidad.

Todavía diría que había sido caritativa llamándolos así.

—Y he de entender que Aria venía de una de esas familias desfavorecidos.

—Obvio, de modo que de no ser por las monjas habría sido carne de cañón. En su caso creo que su padre era un borracho que le daba unas palizas que no veas a su madre. Y que esta un buen día, cogió las de Villadiego y la dejó tirada, huyendo de aquel tío.

—¿Dejó tirada a su hija?

Por Dios que el nudo que se me puso en la garganta fue cosa fina, ¿cómo se podía hacer eso con una criatura? A su lado la historia de Marco, el niño italiano, me parecía un chorro de alegría.

—Por lo que le escuchó una niña a Sor Engracia, sí. Ella se lo estaba contando a aquella pareja que la iba a adoptar.

—¿La iban a adoptar? ¿Y no lo hicieron?

Yo no sabía si quería enterarme de más cosas, porque me estaba poniendo realmente enfermo.

—No, porque al final la pareja se separó antes de terminar con los papeles, ¿te lo puedes creer? Se ve que ya estaban peor que mal y solo querían a la niña para ver si les arreglaba el percal, ¡como si una criatura valiese para eso!

Valiente panda de desgraciados que le habían tocado cerca a Aria, qué poquito me extrañaba que dijera que su hija y ella eran el único pack, que el resto del mundo le sobraba, ¡cómo para no!

—Y ella, ¿cómo lo tomó?

—Pues qué quieres que te diga. Si a mí me llega a pasar lo que a ella, con las ganitas que tenía de vivir con unos padres que le dieran cariño, habría llorado lágrimas de sangre. Pero Aria está

hecha de otra pasta.

Ya suponía que era una mujer fuerte, pero Aitana me estaba señalando que predicar eso de aquella belleza era quedarse muy corto, pues debió pasar las de Caín antes de obtener seguridad económica en la vida.

—Ya, ¿y qué pasó con ella?

—Pues que siguió con su vida como si nada, cantando como solo ella sabía hacerlo y encima siempre con una sonrisa en los labios, hasta que pasó lo del sacerdote aquel.

—¿Sacerdote? ¿Qué sacerdote? — Sentía que me iba a marear.

—Sí, hombre, un sacerdote que terminó en los periódicos. A ver, que no es por hablar mal de nadie, pero sobre él ya se escuchaban cosas, tú me entiendes.

La entendía, aunque no la quería entender. Las tripas se me estaban revolviendo.

—Cuéntame, por favor.

—Nadie estuvo allí aguantando la vela, pero yo siempre la creí a ella. Aria dijo que ese hombre entró en su dormitorio, cuando estaba de visita en el colegio, y que trató de hacerle cosas, no hace falta que te dé detalles.

—No, no hace falta.

—Yo la creí, porque Aria no era una niña mentirosa, pero ese hombre comenzó a envenenar, diciendo que ella era una provocadora y que le quiso buscar la ruina.

—Sí, ella era una provocadora y él un santo, maldito malnacido.

—Tú no sabes el revuelo que se formó en el colegio, hasta el obispado intervino. La presión era tremenda, muchas hermanas le dieron la espalda a Aria y por eso ella no se sentía bien ya en la que fue su casa durante un montón de años.

—¿Y qué hizo?

—Escaparse. Ya iba a cumplir los diecisiete y hasta que cumplió la mayoría de edad no sé en qué agujero se metió, pero la policía no dio con ella. Y, ¿sabes qué?

—No, cuéntame.

—Que al final el sacerdote aquel repitió la jugada con otra niña y fue expulsado, pero el mal ya estaba hecho. La pobre Aria tuvo que salir por patas del colegio siendo tan joven...

—¿Y sabes qué fue de ella?

—Ninguna de las chicas supimos nada hasta que Marián, una de las compis del cole, se la encontró un día en el centro de Barcelona y nos lo contó. Habían pasado unos años y llevaba una niña pequeña, pero nos dijo que parecía una marquesa.

Una marquesa, no podían ser más elitistas las jodidas...

—¿Y tú cuándo volviste a verla?

—Yo me la encontré en una cafetería hace un par de años. La verdad es que ha sido muy reservada y en este tiempo no ha estado interesada en asistir a las reuniones de antiguas alumnas

y demás. Quizás es que no le quedara buen recuerdo por lo que ocurrió al final.

—¿Y no sabes cómo sobrevivió durante el tiempo que estuvo perdida?

—Ni idea, ya te digo que es una chica muy reservada, pero lo que sí puedo decirte es que el día que me la encontré era una mujer nueva. Verás, ella siempre tuvo estilazo, ¿eh? Hasta con el uniforme del cole lucía que no veas, pero es que, con el tiempo, vaya... No sé cómo no se ha hecho *influencer*, porque podría vivir de su imagen perfectamente.

Aitana parecía sincera en lo de su admiración por una mujer que, en otras circunstancias, no habría estado en su esfera ni alrededor de esta.

—Oye, y una última pregunta...

—Estás curiosón, ¿eh? Tú a mí no me la das, te gusta...

Como para disimularlo, Aitana no es que tuviera un cerebro para recibir un Nobel de esos que se le dan a los fuera de serie, pero hasta ahí llegaba.

—¿Qué sabes del padre de su hija?

—¿Del padre de su hija? Ni media palabra, eso es más secreto que la fórmula de la Coca Cola, chico.

—¿Y eso?

—Porque mira, yo he escuchado todo tipo de teorías, solo falta que digan que es de un orangután del zoo, porque la gente tiene una imaginación poderosa, pero lo cierto es que ella no ha soltado prenda jamás.

—Entiendo, te agradezco mucho la conversación.

—Nada, hombre. Oye, ¿y tu amigo Israel?

—¿Qué le pasa?

—Nada, que le des saludos de mi parte, solo eso.

Solo eso, ¿a qué había venido? Igual el “escuchimizado” de su novio, como lo llamaba Israel, había pasado a ser historia.

De ser así, veía a Israel dando botes.

Capítulo 12



Silbando, me colocaba un nuevo bañador el sábado para ir hacia el club, ¡el spa nos esperaba! Y por Dios que de allí no me movían ni con una grúa hasta que le sacase una nueva cita a Aria.

—Hombre, ¿pero a quién tenemos aquí? La chica que se ha propuesto romperme en dos el corazoncito. —Ya estaba en el agua esperándola.

—¿Así de fuerte empezamos? Mira que yo he venido a relajarme, siempre puedo decirle a Román que hay un pervertido en el agua y que debe tomar medidas.

Envuelta en otro precioso bañador, en este caso con escote asimétrico con un volante y en azul eléctrico, no tenía absolutamente nada que envidiarle a una estrella de cine.

Se acuclilló y no me dejó que volviera a decir ni mu, ya que comenzó a salpicar agua mientras sonreía como una niña mala.

No podía imaginarse cómo me ponía, era algo sobrenatural. Mis novias nunca fueron feas, que mis amigos siempre me decían que tenía más suerte que un quebrado con las mujeres, pero lo de ella era para escribir un intenso y emocionante capítulo de mi vida aparte.

—Ni hablar me dejas, y yo que iba a preguntarte por mi niña—me quejé.

—¿Qué niña? No sigas por ahí que vas a salir escaldado.

—Pues debo ser masoca, porque me importa un pimiento salir escaldado o chocado, si procede, pero quiero que me digas qué tal está.

—Está bien, está bien, solo que a mí no me gusta hablar de ella, ¿vale?

—Ni que te hubiera pedido material genético, mujer, que se trata solo de una preguntita inocente.

—¿Inocente? Tú de inocente no tienes ni el blanco de los ojos.

—Venga, ¿te metes ya? —Tenía ganas de sentirla más cerca, como si el agua me diera la posibilidad de entrar más en sintonía con una chica de la que me gustaban hasta las uñas de los pies.

—¿A qué vienen tantas prisas? A mí no me estreses, que hablo con Román y te echa de aquí con una catapulta.

—Estaría yo monísimo volando por el jardín, sin rumbo fijo y con el corazoncito hecho

añicos.

—El corazoncito igual no, pero la cabeza seguro que sí se te hacía añicos cuando fueras a caer en el quinto pino.

—¿Y no te daría ni una chispita de pena? No puedo creerte, imposible que seas así de malilla conmigo.

—Venga ya, que paso de ti, que tienes mucho rollo, y yo solo un rato para disfrutar de todo esto.

Ella querría disfrutar de todas las instalaciones, pero para mí el mayor disfrute era su presencia.

—Te lo advierto, hoy me voy a la sauna contigo. Tanta prudencia me va a producir una reacción alérgica o algo, y no creo que sea eso lo que quieras.

—¿Prudencia tú? Pero hay que tener morro, si no sabía siquiera que conocieras el concepto.

—O sea que además de un cansino soy también un imprudente.

—Y eso solo para abrir boca, que podría decir un buen puñado de cosas más.

Yo sí que abriría la boca, pero para empezar a besarla y no acabar hasta nueva orden.

Vale que tenía que ir como dice la canción “*pasito a pasito, suave, suavcito...*”, pero soñar es gratis.

Por fin, cuando ella quiso y no cuando yo se lo pedí, se fue sumergiendo poco a poco en el agua. Cuando el cobrizo de su pelo se mojó adquirió un tinte irresistible; se asemejaba al fuego y yo me sentí arder más todavía si es que cabe.

Mientras lo hacía, cerró los ojos, para luego abrir esas dos esmeraldas verdes a mi lado.

—¿Te molesta si te digo que mojada estás todavía más guapa?

Nuevamente me salió la vena patosa, mira que decirle que “mojada”. Algo vale que ella no se lo tomó a mal, que todavía me llevaba un guantazo bien merecido.

—Gracias.

—Oye, que no he querido decir, verás... que me refería a que, al entrar en el agua...

—Y yo te he entendido, olvídalo.

Se acercó a esos chorritos que dan un masaje lumbar y su gemido al notar la fuerza del chorro en esa zona de su cuerpo hizo que otra de las partes del mío se despertara.

Vaya situación, su coraza hacía que no me atreviera a entrarle demasiado a saco, pues de otro modo saldría de aquel spa besada y bien besada.

Aquello de que lo bueno se hace esperar cobraría sentido en esa situación. Pero cuando el momento llegase, y por mis muelas que llegaría, me las cobraría todas juntas.

Un buen rato permanecimos recorriendo todo el circuito de los chorros.

—Algunos salen tan fuertes que parece uno el Nazareno cuando termina—le comenté y ella se echó a reír.

—Sí, pero merece la pena hacerlo entero; sale una tonificada.

Si por mí fuera, saldría de allí algo más que tonificada. Y encima quedaba la prueba de fuego, la de irnos juntos a la sauna, porque yo ese día me había propuesto no dejarla sola ni a sol ni a sombra.

¿Podía tener peor suerte? Pues lo dudé cuando abrimos la puerta de esta y, entre el vaho producido por el calor, vislumbré la cara de la señora esa mayor que me devoró con la mirada en la otra ocasión.

—Ya estamos todos—solté por lo bajini, más cabreado que una mona.

—¿Qué has dicho? —Se rio ella, que se ve que se estaba coscando de la situación y comenzó a disfrutarla.

En inglés, la señora le preguntó que si éramos novios. Me sorprendió la soltura con la que le respondió; yo, que necesitaba dominar ese idioma por mi trabajo, habría tenido un poco más de dificultad a la hora de arrancar la conversación.

—¿Novios? Qué va, si yo a este chico no lo conozco de nada.

La miré rogando porque no sabía lo que estaba haciendo. O, mejor dicho, sí que lo sabía y no era nada bueno para mí, que me echaba a la asaltacunas aquella encima.

—Es una broma, señora, si es mi novia. —Y sin más, la besé, dejándola de una pieza, Para chula ella, chulo yo...

Capítulo 13



Me pudo pasar cualquier cosa, que tuve más valor que “el Guerra”, pero dicen que el mundo es de los valientes...

Sabiendo como sabía que me estaba provocando con su actitud, no dudó en tomárselo a broma y se echó a reír.

—¿No es tu novio? Pues para no serlo, veo yo muy suelto al chico—le dijo la señora.

—Es lo que tienen los hombres, que a veces te sorprenden, son como niños—le contestó ella condescendiente mientras a mí me dejó un poco de lado. Lo que quiero decir con “de lado” es que no puso la guillotina en marcha ni nada parecido.

—Sí, hija. Si yo te contara de mi difunto marido...

—No, señora no hace falta que le cuente—intervine y ella me miró como si me quisiese matar...

Esa fue la gran anécdota de un día en el que temí su reacción cuando nos quedáramos solos, pero pronto comprobé que no había motivo para ello.

—¿A qué ha venido eso, si se puede saber? —me preguntó risueña.

—Me estabas provocando y lo sabes, ¿qué es eso de que no soy tu novio?

—¡Tendrás morro! Pues claro que no lo eres. Además, soy yo la que beso a quien quiero y cuando quiero, ¿o no te has enterado todavía de qué va el cuento?

Uy lo que me había dicho...

—Vale, vale, te pido perdón, pero que me dejes besar cuando quieras, ¿eh? Por mí no te preocupes que no pienso oponerme. —Levanté las manos mientras ella volteaba los ojos.

Pudo pasar cualquier cosa ese día, pero lo único que terminó ocurriendo fue que le saqué una nueva cita para el miércoles, que no hace falta que diga que, en sus palabras, no era una cita.

Por mí lo podía llamar como quisiera, pero mientras salía en el coche a buscarla en lo único que podía pensar fue en ese momento beso improvisado que me tuvo en una nube toda la semana.

Volví a quemar tarjeta esa semana y me hice con un traje en rosa palo, también totalmente informal que hizo sus delicias cuando me vio.

Sí, sí, que ya dije que a mí no me cogía nadie de traje fuera del horario de oficina, pero que por ella me vestiría de buzo de ser necesario.

En cuanto a mi guapísima acompañante, venía envuelta en un precioso vestido azul marino de tirantes y largo que realzaba su portentosa figura.

Le dediqué un silbidito mientras le aguantaba la puerta.

—Buenas noches, bellísima. Amenazo con darte un beso antes de volver a traerte a las doce como a Cenicienta, ¿o es que hoy contamos con más tiempo?

—Ey, ey, respecto a lo del beso... ¡ni se te ocurra! En lo referente a la hora, vuelvo a ser Cenicienta; mañana madrugo.

—Vaya, pues nada, debo darme por contento por gozar de tu compañía y soñar con que algún día podamos prolongar la velada.

—Así es, te puedes dar con un canto en los dientes, como suele decirse.

—¿Con un canto en los dientes? ¡Qué cosas tienes!

Qué cosas tenía ella y cuán hechizado me tenían sus cosas a mí. Después de que Aitana me hablara de su triste historia todavía sentía mayor interés por conocer a Aria. La que estaba delante de mí era una guerrera y yo suspiraba porque me permitiese seguir acercándome.

—Sí, sí, con un canto en los dientes y arranca ya no sea que todavía me arrepienta.

Capaz era, así que me puse la cremallerita en la boca y salimos andando a bebernos la noche...

Para esta ocasión elegí un restaurante mexicano, porque ella me había comentado que era un país del que le fascinaba todo, incluida su rica gastronomía, por lo que quise darle el gusto.

—Veo que te quedas con todo, ¿eh? —me comentó cuando llegamos a la puerta.

—Y me quedaría con más si tú me dejaras, pero como no quieres ni presentarme a la niña...— Ya aproveché la ocasión, al tiempo que le ponía carita de cordero degollado.

—Mira que serás cansino, pues claro que no, ¿dónde se ha visto que la niña tenga nada que ver en esto?

—¿Ni siquiera vas a hablarme un poquito de ella? ¿No te da penita de mí? Me tienes como unapestado. —Nueva carilla de pena.

—Pero si ya te dije que le gustaba el baile, ¿qué más quieres saber?

—Sí, pues anda que me has hecho una descripción completa, ni una foto me has enseñado.

—Bueno, ¿esto estaba ensayado? Vienes con todo el arsenal, pero yo también tengo la escopeta cargada, ¿eh?

—Tú la tienes siempre, ¡que me tratas muy mal! —argumenté entre risas.

—¿Muy mal? ¿Y se puede saber lo que te hago para que pienses así?

—Más bien lo que no me haces, que ni siquiera has respondido a mi romántico beso del otro día.

—¿Romántico? Querrás decir a tu descarado beso, ¿no?

—Hombre, tanto como descarado no diría yo... De hecho, lo hice para salvar mi vida, que no quieras saber lo que pasaría por la cabeza de esa mujer, planeabas dejarme solo ante el peligro.

—Pobrecito él, qué mártir es... Te enseñaré una foto de Ivette antes de que me caiga la comida de pie, que ya te voy conociendo y no vas a parar.

—¡Ole, ole! —Aplaudí de la felicidad.

Cuando me acercó su móvil y vi a aquella preciosa pelirrojilla que era una versión mini de mamá, comprendí que mi corazón quedaría dividido a partir de ese momento.

—Es una mini Aria, no había visto un parecido más grande en mi vida.

—Sí, todo el mundo me lo dice. Estoy muy orgullosa de ella, en los estudios brilla mucho, igual que en todo lo que se propone. Mi gran objetivo es que su vida no tenga nada que ver con la mía.

—¿No te gusta tu vida? Siempre puedes cambiarla—le sugerí.

—Lo que cambiaría está en mi pasado, y eso ya es intocable. En cuanto a lo de ahora, es todo aquello por lo que me he esforzado, de modo que vamos a dejarlo como está.

—Lo dejamos, lo dejamos...

Capítulo 14



Mi vida también sufrió un cambio considerable, pues tenía el foco puesto en los sábados y en los miércoles.

—Estás desconocido, hermanito, ¿tú estás seguro de que esta relación te conviene? —Joaquín y yo solíamos hablar a la salida del gym.

—Yo voy a conseguir a esa mujer y a esa niña, te lo garantizo.

—Pues sí que hablas con seguridad.

—Nunca he estado más seguro de nada. Y cuando lo haga, comenzaremos una nueva vida.

—¿Y quién te ha dicho que ella quiera abandonar la suya? Te recuerdo que es una vida de lujo y, a la postre, la que ella ha elegido.

—La que ella ha elegido porque la vida la ha empujado. De no ser así, estoy seguro de que otro gallo le habría cantado.

—Puede que tengas razón, pero yo solo te pido que te andes con cuidado. Si la cosa no te sale, puedes terminar escaldado. Pero lo que me temo es que, si te sale, también...

—Hermano, yo ya soy mayorcito y sé muy bien dónde me amarro el zapato, ¿vale?

—Ok, ok, eso es lo que yo quiero, no me gustaría verte sufrir.

Aquel sábado por la mañana yo no podía dejar de pensar en que en la cena del miércoles ella se abrió un poco más a mí. Incluso juraría que, al bajar del coche, a punto estuvo de devolverme el beso, aunque echó el freno en el último momento.

¿Era así o mis ganas de que ocurriese me estaban jugando una mala pasada?

Complicado saberlo, pero yo siempre llevaba la esperanza por bandera.

Llegué al spa y la esperé como de costumbre. Su colección de bañadores debía parecer el escaparate de *Women`s Secret*, porque ella no repetía ni por casualidad.

Ese día el color escogido por Aria fue el amarillo mostaza, complementado con el blanco de sus dientes al ofrecirme su bonita sonrisa.

—Diré que apaguen las luces, que ya ha llegado mi faro. —Le guiñé el ojo.

—Un faro que alumbra a un cobista que parece estar de muy buen humor esta mañana, ¿no es así?

—¡Exacto! Y tú tienes mucho que ver en ello, ¿has pensado en mí un poquito?

—¿En quién dices? —Se hizo la sueca.

—En mí, preciosa. Y me aventuraría a decir que sí, que lo has hecho, aunque sé que lo negarás hasta que llegue tu abogado.

—¿Ese chupasangre también está invitado a esta fiesta? Pues sí que promete.

—No, a esta fiesta solo estamos invitados tú y yo, vente para acá, anda.

—Querrás decir tú y yo más todos estos.

El spa estaba bastante concurrido aquella mañana, como si estuviesen regalando algo.

—Yo, con tal que no esté la señora esa, ya me doy por contento. Miedito le tengo.

—¡Qué exagerado eres! Con lo atenta que parece y lo bien que te cuidaría.

—Eres un bicho. Y hablando de personas que cuidan bien de otras, ¿cómo está mi niña?

—Loca de emoción, la han escogido como figura central de un espectáculo que están montando y para qué, se pasa el día danzando por casa.

—Buah, tenemos una niña que es una artista—ya me metí en el saco como era normal en mí, haciendo que se riera—. Por cierto, ¿y ella no canta?

—Sí, sí que canta también, y lo hace fenomenal. Lo que pasa es que no puede darles a todos los palos a la vez y se queda con el baile; somos dos cantarinas bailarinas.

—No, no, lo será ella, yo a ti no te he visto bailar. Lo mismo mucho fardar y luego pareces un tentetieso en medio de la pista.

—¿Me estás vacilando? El día que me veas bailar se te van a caer los pantalones hasta el suelo, chaval.

—¿Más? Si se me caen ya y todavía no lo he visto.

Lo que ignoraba era que en cuestión de un segundo hasta la tensión se me iba a bajar, porque fue escuchar eso, tomar mi mentón con su mano y besarme.

Me quedé tan en shock que creí que entraría en urgencias por la puerta grande, ya que ni reaccionar podía.

—Me has besado...—terminé diciendo.

—Eso parece y ahora vamos debajo de los chorros que se te ha quedado mala cara.

—Mala no será, sorprendida en todo caso.

—Es que no hay quien te entienda; si no te beso, porque no te beso, y si te beso, porque te beso, ¡a ver si te aclaras, Thiaguito!

Se estaba acercando, ella podía decir misa, pero se estaba acercando y a mí la felicidad me salía por cada uno de los poros de la piel.

—¿Quieres que me aclare? ¿Quieres que te diga todo lo que estoy sintiendo por ti? —le pregunté mientras le daba un fuerte abrazo.

—¡Quieto, quieto! ¿Se puede saber qué te he hecho yo para merecer eso?

De nuevo la coraza, pero es que decía las cosas con tanta naturalidad y gracia que me las tenía que tomar bien a la fuerza.

—Tú lo estás queriendo y vas a tener Thiago hasta en la sopa, ¿cuándo conozco a mi niña?

—¡Quieto parado ahí! Que esas son palabras mayores. Ivette no ha conocido nunca a nadie en ese plan y así va a seguir siendo.

—Pero ¿tú has tenido a alguien desde que ella nació? —Las dudas me podían.

—Lo cierto es que no, ¿contento? He estado consagrada a mi trabajo y a mi hija, con llevar todo eso para delante me ha sobrado, no te voy a mentir.

—Lo imagino, ha debido ser una labor titánica, pero ya he llegado yo para cambiar las cosas, ¿lo has notado?

—He notado que hoy estás especialmente cansino, y mira que eso es difícil.

Capítulo 15



Quedamos en vernos de nuevo el miércoles, pues no logré ni bien ni mal que me dejase ir a recoger a Ivette con ella a la salida del spa.

—¿Almorzamos aquí, Israel? Por cierto, que un pajarito me dio el otro día recuerdos para ti.

—¿Recuerdos? ¿Y qué clase de pajarito es ese?

—Una pajarita llamada Aitana, yo de ti consultaría con tu prima Sara porque me da en la nariz que se ha quedado compuesta y sin novio.

—¿Qué dices? Más bien será al revés, que ella le haya dado la patada al escuchimizado ese, ¡toma ya!

—No, si al final te vas a salir con la tuya y todo. Para mí que, si tiras un poco del hilo, te vas a llevar una sorpresa.

—Espera, que ahora mismo llamo a mi prima.

—Hombre, no, que ahora estás conmigo.

—¿Y? ¿No estás tú con Aria en parte gracias a mi padre? Pues ahora te esperas a que yo llame.

—Pues mira, hablando del rey de Roma por ahí viene Román.

Me aparté para saludarle.

—Chaval, ¿qué tal van las cosas con la pelirroja?

—Ahí vamos, ya te habrá comentado tu hijo que no es una historia precisamente fácil, pero a mí me importa un cuerno.

—¿Te lo has pensado bien? Mira que el mundo en el que tú te mueves por trabajo es un tanto tradicional.

—Me importa un cuerno, ya te lo he dicho, Román. Y si las cosas se ponen feas, estoy dispuesto a llevarme a ella y a la niña y a empezar en otro lado.

—Ya, ya, pues sí que te veo enamorado. Mira chaval, yo te voy a dar un consejo.

—Cuéntame, te escucho.

Román era un hombre muy vivido, de esos que para escribir su vida se necesitarían siete libros, de modo que fui todo oídos.

—Sigue lo que te dicte tu corazón, Thiago, ¿tú ves mi vida? La mayoría de las personas opinarían que lo tengo todo; un club prestigioso que arroja unos succulentos dividendos, una familia bien avenida, un círculo social en el que me siento el rey del mambo y tal y tal, ¿verdad?

—Cierto, todos pensarían que la vida te ha tratado muy bien.

—¡Ojo! Y no voy a ser yo quien diga que no lo ha hecho, me ha tratado cojonudamente, pero daría todo lo que tengo y lo subiría al doble con tal de ver a mi lado a la única mujer de la que he estado verdaderamente enamorado.

—Y que no es Marisol, me temo.

—No, no es Marisol. Es Carmina, una chica que conocí al poco de nacer Israel. Con Carmina viví un sueño, que se convirtió en pesadilla cuando todo estalló por los aires, al dejarla en pos de conservar lo que había logrado hasta ese momento.

—Y hoy te sigues arrepintiendo, claro.

—Todos los malditos días de mi vida. Si pudiera dar marcha atrás no me lo pensaría, de forma que no soy quién para juzgarte. Haz lo que ese te dicte. —Señaló mi corazón.

Nos callamos porque ya volvía Israel, más contento que unas castañuelas.

—A tomar por saco el escuchimizado, Aitana lo ha mandado a paseo. ¿Será porque le gusté aquel día?

Me eché a reír, moral tenía más que el Alcoyano porque, aunque ella ahora se mostrara interesada en él, aquel día pasó de mi amigo como de comer mierda.

—No me hagas contestarte, anda. ¿Almorzamos?

—Sí, pero no aquí. He quedado con Quique, uno de mis empleados del estudio, para que me entregue unos planos. Te invito a papear algo por su casa.

—Venga, te llevo.

Nos dirigimos a aquel moderno barrio en el que yo no había estado más que de pasada, uno de esos en los que no paran de construir y construir y está poblado de parejas jóvenes con claras intenciones de reproducirse.

—Joder, anda que no he visto pasar niños mientras te esperaba, ¿eso se pega?

—No sé si pega, pero tú capaz eres hasta de querer ser padre con la pelirroja, con lo fuerte que te ha dado.

—Deja a la pelirroja, anda, ¿has pensado en lo que vas a hacer con Aitana?

—Invitarla a cenar esta misma noche, a mí ese pedazo de tren hecho mujer no se me escapa.

—O sea, que la vas a invitar a cenar, así como quien no quiere la cosa, como si no te comieran los nervios.

—Y no me comen, a ver si te has creído que soy un pardillo.

—Y si no te comen, ¿cómo es que llevas la camiseta puesta del revés?

—Joder, eso se avisa antes...

—¿Y perderme el placer de que parezcas un tarado? No hombre, eso primero se disfruta un poquito.

—Y hablando de disfrutes, ¿no es esa tu pelirroja?

—Claro, a robar vas a venir a la cárcel, vete al cuerno.

—Que no es broma, chalado, que es la pelirroja con la niña, que todavía es más pelirroja que la madre. Esto qué es, ¿un concurso?

Me levanté de un salto al ver que no se estaba quedando conmigo. Entre los muchos servicios con los que contaba ese moderno barrio había una escuela de baile en la que yo ya había reparado, sin pensar para nada que fuese la de Ivette.

—Eso, así me gusta, que ni te despidas ni nada.

—Ahora vengo, pelusón...

Eché a correr hasta que las alcancé, ambas iban de espaldas en dirección a su coche.

—Ejem, ejem—carraspeé.

Aria se volvió, lo mismo que Ivette, para demostrarme que el parecido con mamá era todavía mayor en persona.

—Pero bueno, ¿tú qué haces aquí?

—He venido con Israel, que necesitaba coger unos planos e íbamos a tomar algo cuando os hemos visto pasar. —Me apresuré a contestarle antes de que pensara que la estaba siguiendo.

—¿Quién es, mamá? —le preguntó la chavalilla, que parecía tan simpática como ella.

—Es Thiago, el amigo con el que he salido a cenar algunas noches, cariño.

Me encantó escuchar que, aunque en calidad de amigo, le hubiera hablado de mí a su hija. No esperaba ese gesto.

—Encantada, Thiago, yo soy Ivette. —Me plantó ella dos besos y a mí me dieron unas ganas enormes de abrazarla.

—Encantado también, Ivette, tenía muchas ganas de conocerte. Por cierto, Aria, si os apetece tomar algo con nosotros. —Crucé los dedos...

—Lo siento, pero es que ya tenemos apartada mesa. Me ha gustado volver a verte...

Capítulo 16



Menos daba una piedra. Al menos conocí ese mediodía a Ivette, la hija de la mujer en la que no podía dejar de pensar. El siguiente miércoles ya estaba a la vuelta de la esquina y mis ganas de verla no hacían más que crecer.

Los mensajes cruzados de wasap ya eran constantes y yo sentía que la cosa marchaba, lentamente, pero marchaba. De no ser así, ¿qué necesidad tenía ella de quedar conmigo una noche por semana?

Lo reconociera o no, nos estábamos conociendo. ¡Quién me lo iba a decir!

No obstante, a veces la vida te da una de cal y otra de arena, y su mensaje, a pocas horas de nuestra cena, no pintaba nada bien.

“Lo siento, Thiago, hoy no me apetece quedar. Ya vamos hablando, ¿vale? Sé que tendría que habértelo dicho antes, pero es que acabo de tomar la decisión”.

No se anduvo con paños calientes. Muchas personas, en un caso así buscan cualquier excusilla, pero ella era una mujer franca que siempre venía de frente.

¿Ya no le apetecía quedar conmigo? Vale, eso podía ser, pero detrás había una poderosa razón; se estaba echando para atrás.

A una mujer como ella, que siempre pensó en vivir apartada de toda relación, le estaba viniendo grande el hecho de que incluso ya conociera a su hija. Tenía que ser eso, no imaginaba ningún otro motivo.

Aria sabía que yo no me iba a conformar con lo que teníamos hasta el momento; no era su amistad lo que deseaba y, si ella no estaba por la labor de darme más, era normal que decidiera poner punto final.

Di un puñetazo a la pared y, amargado, le contesté.

“Siento que no te apetezca y sé perfectamente que de nada me valdría insistir. Sabes dónde me tienes”.

Llamé a Claudio.

—Dime que estás libre, necesito tomarme una cerveza.

—Y por tu tono de voz tres y cuatro también, mejor nos vemos en el pub ese irlandés que hay

cerca de tu casa, por si la cogemos doblada. Me acerco en un taxi.

No era día para ponernos ciegos de birras, teniendo que trabajar al siguiente, pero me daba exactamente igual.

—Tranquilo tío, ya sabes cómo son las mujeres, que parece que no se aclaran nunca. Tú ten paciencia que todo va a volver a su sitio.

—Eso espero, porque estoy súper jodido.

—Y así va a ser, tú déjale su espacio y ya verás que en nada la tienes comiendo de mi mano.

—¿Comiendo de mi mano? No jodas, no es eso lo que quiero tampoco. Yo lo único que busco es que esté por mí igual que yo por ella.

—Pues a eso me refiero también, a ver si ahora voy a tener que coger un compás y una medida para hablar, joder.

—Ya, ya, tío, si te agradezco un montón tu apoyo, es que estoy en modo agobio total, con la ilusión que me hacía ir con ella a cenar, que me voy a arruinar comprando trajes...

—Joder, desde luego que te vas a hacer un vestidor que ni el jodido Grey, ya me daré una vueltecilla por él cuando por fin tenga una cita.

—Oye, y hablando de citas, ¿qué sabes de lo tu ex y el Sr. Burns?

—Bueno, no te imaginas. Ya lo conocen las niñas, me han venido esta tarde con el cotilleo.

—¿Y qué impresión han sacado?

—Pues que es un viejo, así me lo han dicho, sin más.

—¿A palo seco?

—Sí, sí, que le han soltado a su madre que parece mayor que su abuelo, como te lo cuento.

—¿Y ella qué les ha contestado?

—Pues ahí viene lo mejor. Porque su madre les dijo que era “un poco mayor pero muy atractivo”.

—Y ellas le han soltado una buena, me lo imagino por tu cara.

—Y tanto, como que le han espetado que el atractivo lo tendrá en el bolsillo, porque ellas le veían más arrugas que un acordeón.

—No me jodas que le han dicho eso. No saben nada tus enanas...

—Sí, sí, así como te lo digo, sin anestesia y sin nada. Por lo visto la otra se ha quedado bufando, pero es que mis niñas no tienen dobleces, sueltan las cosas como las sienten.

—Y así debe ser.

—Oye tío, que estaba yo pensando una cosa, ¿tu amigo Israel no es el que tiene la casa en Salou?

—Ya te digo, y menuda casa. Esa no me la compro yo con mi sueldo.

—Pues si no te la compras tú, que eres el director, fíjate yo, que soy un cajero.

—Ya, ¿por qué me preguntas lo de la casa?

—Porque necesito desconectar y estoy tieso. Como para pensar en vacaciones; entre las pensiones de las niñas, los Brackets y tal, me he quedado sin un duro. A ver si te enrollas y le dices que me invite un fin de semana que él vaya.

—Ok, aunque lo mismo se nos lía con Aitana, que parece que la chica se lo ha pensado mejor.

—Joder, ¿me vais a dejar solo?

—Tranquilo, que aquí el percal cambia de un momento para otro, mírame a mí.

La mía aquella noche era la viva imagen de un alma en pena. Pensar que a esa hora estaría disfrutando de su sonrisa y comprando boletos para que me cayese otro beso y, sin embargo, que me veía allí con Claudio, ambos lamentando nuestra suerte, me jodía una barbaridad.

—Eso también es verdad, ¿qué les pasa a las mujeres? Yo no las entiendo.

—Y si hubiera que entenderlas a todas en general, vale, pero es que cada una tiene sus especialidades—resoplé.

Y dentro de ese “cada una”, la mía era especialmente particular. Aria no era una mujer convencional, pero eso ya lo sabía yo desde el minuto cero.

Capítulo 17



Al mal tiempo, buena cara, así que el sábado llegué con la mejor de mis sonrisas al spa.

Como era de esperar, Aria llevaba dos días súper huidiza en sus respuestas a mis mensajes, pero yo no era de los que se dan por vencido a la primera.

—Un cuarto de hora tarde, vas a tener que compensarme—le dije señalando al reloj del spa cuando llegó.

—Me temo que no, no voy a poder compensarte. —Fue su respuesta y yo noté por el tono que la cosa no estaba regular, sino mal.

—Es una broma, guapísima, ¿estás bien? —Ese día se metió en el agua del tirón, no hubo bromas.

—Sí, estoy bien, pero me gustaría hablar contigo cuando salgamos.

—Claro, te invito a almorzar. Si quieres podemos recoger a Ivette también, a mí me encantaría.

—Thiago, somos adultos y creo que me estás entendiendo. Estoy segura de que sabes tan bien como yo que se trata de una conversación para adultos.

De una conversación para adultos y de esas que duelen como si te pillaras los huevos con la tapa de un piano, que la veía venir.

—Entiendo, ¿te apetece que me quede aquí contigo?

—Pues mira, si no te importa, lo cierto es que preferiría estar hoy sola, ¿nos vemos a la una en la terraza?

—Claro, como prefieras, no hay problema.

¿Qué le iba a decir? ¿Que tenía ganas de liarme a puñetazos con las paredes? Porque eso era lo que sentía. Yo era consciente de que Aria no vendría a comerme a besos, pero esperaba hacerla cambiar de opinión. Sin embargo, el careto ese que me traía, no auguraba nada bueno.

—¿Qué pasa, tío? ¿Te han echado del spa por feo? —Israel venía muy contento.

—Debe ser eso, y en un rato vienen a apalearme, porque Aria me ha dicho que prefiere estar sola y que tenemos que hablar.

—La jodida frase que lo cambia todo. Ni un solo “tenemos que hablar” en la vida ha

terminado bien, ¿no es así?

—Eso es de educación infantil, lo sabemos todos—suspiré.

—No te preocupes, hombre, que lo mismo le ha dado un revire raro, igual es que anda con la regla o algo.

—Me da a mí que es bastante más, pero lo que tenga que ser que sea.

—¡Y si es con cerveza mejor! Voy a por unas...

—¿No es un poco temprano para eso?

—Igual sí, pero es que yo tengo que celebrar; he quedado con Aitana esta noche.

—Qué bandido estás hecho, al final te la van a traer los Reyes.

—Prefiero no pensar que, visto lo visto, me da miedo. Pero sí voy a aprovechar el momento.

Israel estaba exultante y no era para menos. Yo lo que estaba era impaciente, deseando y temiendo que el reloj marcara la una.

Cuando la vi venir hacia mí, con aquella túnica blanca con bordados verdes, sus altas cuñas y la pamelita del primer día que me la crucé en ese lugar, no pude reprimir las ganas de levantarme y darle un abrazo.

—Ya, por favor, no me lo hagas más difícil—me pidió.

—¿Hacértelo más difícil? No es eso lo que pretendo. —Vi que ella tampoco estaba nada bien.

—Verás Thiago, me lo he pasado muy bien contigo estas semanas, eres un tío estupendo, pero...

—Pero tú no quieres compromiso y yo lo sé. Tampoco soy un tonto ni un niño, Aria, sé a lo que me expongo desde el primer momento y también sé que las cosas no serían fáciles, aunque te decidieras a estar del todo conmigo. Pero también sé que podríamos buscar una solución para todo.

—No tienes ni idea de lo que dices, prefiero que guardes silencio, por favor.

—No me puedes pedir eso, yo también tengo algo que decir en esto. Aria, con todos mis respetos, las relaciones son cosa de dos y yo siento que ahora quieres llevar la voz cantante por completo, como si yo no tuviera voz ni voto en una cosa en la que creo firmemente que tiene solución.

—Si me dejaras terminar de hablar, verías que no es así.

—¿No es así? Venga, pues tira con bala, párteme el corazón, dime que lo nuestro es imposible porque tú has decidido unilateralmente que así sea.

—No, Thiago, lo nuestro no es posible porque yo me voy a casar.

Siempre he pensado que hay noticias en la vida que pueden hacer que te desmayes. Aquella, qué duda cabía, era una de ellas. Y si yo no me desmayé fue porque me pudieron las ganas de que me confesara que no era cierto.

—Dime por favor que no es verdad, dime que no has jugado con mis sentimientos todo este

tiempo, dímelo, Aria.

De sus ojos brotaron dos lágrimas que ella misma se encargó de reprimir, al limpiárselas con el dorso de su mano.

—Thiago, lo único que puedo decirte es que me caso en quince días. —Lo siento de corazón.

Capítulo 18



¿Ella lo sentía? Yo sí que me quedé en estado catatónico, pues ni correr tras ella pude.

—¿Se puede saber qué ha pasado, tío? —Israel vino a rescatarme.

—Que dice que me deja, que se casa en quince días.

—¿Es coña? —Si a mi amigo se le descolgó la mandíbula, no digamos ya a mí.

—Por lo visto no, debía tenerlo todo amarrado y bien amarrado. Y conmigo solo ha estado jugando, haciéndome ver que dábamos pasitos en una relación que debía servirle de mofa, de válvula de escape o lo que sea.

—¿Una canita al aire antes de echarse la soga al cuello? Qué cosa más rara, porque uno se imagina algo así con sexo a tutiplén y tal, pero la vuestra ha sido una relación de colegiales.

—Quizás lo suficiente como para no sentir ahora remordimientos de conciencia, pero eso será con el otro porque conmigo ha jugado como le ha dado la gana.

—Y tanto que sí, pero ¿no era ella la que decía que no avanzaba más porque no quería compromiso con nadie? Pues para no quererlo, no veas si se guardaba cosas.

—Demasiadas cosas y lo mismo hasta me las merezco.

—¿Por qué dices eso? Tú no has hecho nada malo y has sido transparente con ella desde el primer momento, incluso estabas dispuesto a tragarte lo de su profesión, que ese no es un plato de gusto para nadie.

—Claro que estaba dispuesto, porque yo la quiero y tengo claro que no puedo cambiar su pasado, pero sí su futuro. O eso creía, que a este paso no voy a poder acercarme a ella.

—Sí, sí, yo te aconsejo que la dejes tranquila, no vaya a ser que tengamos que ir a visitarte al calabozo. Piensa que el futuro marido no será un mindundi, yo me lo imagino como el mandamás de alguna empresa o algo parecido.

—Yo me cago en el dinero, y eso que vivo de él, pero me dan ganas de irme a cuidar cabras a un monte, ¡qué ascazo de vida!

—No, no, tú no te puedes enterrar en vida porque ella te dé este palazo, tienes que venirte arriba y pasar de su culo, esa piba no merece la pena.

No, no la merecía, y eso que yo habría puesto mi mano en el fuego por ella. Con razón no

quería ni presentarme a su hija, pero ¿por qué le habría hablado de mí? Igual sabía que la niña no la iba a delatar.

Con la venda caída, vi su verdadera cara; Aria era una manipuladora total, conmigo había hecho encajes de bolillos, ¿qué no podría hacer con una criatura de doce años?

Me dio miedo, lo que estaba viendo en ella me dio miedo. Por Dios bendito, si parecía tan real lo que también ella comenzaba a sentir por mí, con esas ganas de quedar para cenar. Y su forma de acuclillarse al verme en el spa, con una sonrisa que, ¿dónde había quedado?

En el fondo del mar, como las llaves de la famosa canción, allí debieron quedar.

Me fui a mi casa y sentí que me volvía loco entre aquellas cuatro paredes.

—Claudio, ¿tú tienes plan para esta noche? —le pregunté de golpe.

—No, te iba a llamar para que nos fuéramos a alguna terraza, que se debe estar de lujo.

—¿Y si cambiamos la terraza por otro sitio que se me está ocurriendo?

Quedamos por la noche. Sé que puede sonar a locura, pero era lo que me pedía el cuerpo; vengarme de ella.

Cuando llamé a su puerta, la cara se le desencajó, pero muy profesional ella nos dio la bienvenida a su elitista círculo.

Su “adelante”, por mucho que quiso sonar neutral, sonó triste. ¿Encima sentía pena de mí? Había que joderse.

Claudio miraba a todos los rincones como si estuviésemos en el mismísimo edén, cuando lo cierto es que para mí se trataba del puto infierno, solo faltaba ver por allí al diablo alardeando de su jodido rabo.

—¿Me dejas un momento a tu amigo, por favor? —le preguntó ella.

—Claro, quién quiere amigos con todas estas preciosidades pululando por aquí—le contestó él.

Como un niño deseando jugar con sus nuevos juguetes dejé a Claudio en espera de que aquella rubia que se le estaba acercando le diese palique.

Muy profesional ella, Aria le hizo un gesto a la chica de que lo tratase bien.

—¿Y bien? —le pregunté cuando me llevó a una habitación contigua.

—¿Qué has venido a hacer aquí, Thiago? En los años que llevo dedicándome a esta profesión nunca he permitido que ningún hombre diera un escándalo.

—¿Un escándalo? ¿Tan chabacano me crees en la cama? Tranquila que tengo el mismo estilo que fuera de ella. No pienso gritar.

—¿En la cama? —me preguntó cambiando el rictus.

—Sí, perdona, ¿es que tú no lo sabes? Esto es un prostíbulo, de alto standing, eso sí, pero un prostíbulo. —Eché mano de la ironía.

—Por favor, no pretendas hacer sangre. Sé perfectamente que no vienes a acostarte con

ninguna chica.

—¿Sí? ¿Tan segura estás? ¿Sabes por qué te pasa eso? Porque creías conocerme y eso, querida, es un gran error.

—Thiago, no sigas por ahí, te lo pido por favor.

—Sigo por donde me da la gana, no vas a callarme solo porque no quieras escuchar lo que tengo que decirte. Eres tú quien ha querido tirarme de la lengua, yo aquí he venido a darle otros usos.

Me sentía un miserable, tanto por estar hablándole así, como por sucumbir a acostarme con una chica por dinero, pero es que me dolía tanto y tanto que hubiera jugado conmigo que no podía evitar tomarme la revancha.

—Haz lo que quieras, ¿de veras has venido por sexo? Pues entonces acuéstate conmigo.

Joder, que me estaba poniendo en bandeja de plata su cuerpo, ese por el que yo tanto había suspirado. Solo que en un momento en el que yo dudé si debía o no aceptarlo.

La naturaleza del ser humano es salvaje, y los instintos primarios en muchas ocasiones no pueden ser controlados.

Cerré los ojos y comprendí que era cuestión de segundos, en cualquier momento la situación podía cambiar y la tortilla volver a darse la vuelta.

Si la iba a perder, si de veras nunca iba a ser mía, al menos me quedaría el recuerdo de haberla poseído una sola vez en la vida.

Capítulo 19



Una sola vez en la vida... ¡maldita sea! ¿Con eso tendría que conformarme?

Mis labios se hundieron en los suyos con la sensación de que era un kamikaze que, después de esa misión, ya podía despedirse de la vida.

Sucumbir a sus encantos y no poder seguir disfrutando de su presencia equivaldría a estar muerto en vida, pero morir sin haberla probado, eso sería todavía peor...

Tenía asumido que mi vida había llegado a un punto de inflexión tras el cual nada merecería la pena, por lo que desactivé el chip de mi cabeza y me entregué a poseerla como nunca lo había hecho con nadie.

Siempre imaginé mi primera vez con Aria de la forma más romántica posible, pero no había un atisbo de romanticismo en lo que el cuerpo me pedía en aquel instante.

La despojé de su estrecho vestido de punto y solté el aire al ver su cuerpo, listo para mí, enfundado en aquel conjunto interior negro rematado por ligero y medias.

El ligero fue lo primero que salió andando y creedme cuando os digo que ese no podría reutilizarse, lo mismo que el tanga, del que la terminé despojando de un bocado.

Jamás me había visto así, ni en sueños... Yo era una fiera herida y ella mi presa. No me malinterpretéis, no le hubiera hecho ningún daño, pero tampoco me apetecía cubrirla de caricias ni andar con preámbulos.

Lo que yo quería de ella, dado que su tanga pasó a la historia, lo tenía en ese preciso instante al alcance de mi mano.

Increíble la sensación de liberar a mi miembro y hundirlo en Aria, increíble porque vi la vi estallar de placer para mí, tan húmeda como estaba.

No quise pensar en ella como una prostituta, eso me hacía demasiado daño. Ni tampoco una prostituta ejerciendo como tal podía mirar a un hombre con el deseo que ella me miró a mí.

Presos de la locura, ambos caímos en la cama, y yo comencé a entrar y salir de ella tomando el control de una situación que reitero que solo estaba llamada a producirse una sola vez en la vida.

Sus gemidos, mezclados con mi jadeo, dieron lugar a una melodía que se me antojó como la

más tentadora del mundo, pues ni a soñar que me hubiera echado habría encontrado jamás una compañera más entregada en la cama.

Aquella criatura tan sensual no podía ser la misma que me estaba quitando la vida, cuando en aquel momento me la estaba dando. Aria era la mujer que yo siempre había soñado y mi sueño acababa de convertirse en una jodida pesadilla.

Como un lobo herido, mordí su cuello cuando ella insistió en que la poseyera desde atrás, saliendo de mí y despojándose de un sujetador que no me entretuve en apartar. Sus firmes y generosos senos eran para perderse en ellos, por lo que comencé a amasarlos con fuerza mientras pensaba en el “inconveniente” que podía suponerle explicarle a su futuro maridito la marca que le dejé en el cuello.

Su ligero quejido provocó que tirase de su pelo para encarar sus ojos con los míos; por más que ella se fuera a casar con otro, fue deseo y en desorbitadas cantidades lo que vi en ellos.

Tuve que cerrarlos, las llamas de aquel deseo amenazaban con devorar mi alma cuando, en mi recuerdo, aquellas incendiarias escenas se redujeran a cenizas.

Fue lo mismo que pensé cuando la escuché vibrar de placer para mí, en el instante en que su orgasmo llamó al mío y ambos nos dedicamos las más inflamables de las miradas.

—Dime que no te vas a casar, dímelo, por favor—le exigí antes siquiera de salir de ella.

—Tú no lo entiendes, y yo no puedo explicártelo, pero tengo que casarme.

—¿Tienes que casarte o quieres casarte? Porque perdona, pero ha sonado como una condena. Y lo normal es que las bodas sean motivo de alegría, por si tú no lo sabes.

—Eres tú quien no sabes muchas cosas de mí. Tengo un pasado...No quiero hablar de eso, por favor.

—Sé muchas cosas más de ti de las que te he contado, cierto que me las callé, pero tampoco te debo nada por eso, partiendo de la base de que me has metido en una trampa.

—¿En una trampa? No, no quiero que pienses eso, por favor.

—Pues si no quieres que lo piense, explícame lo que está pasando. De otra forma, solo podré pensar que eres la más mentirosa y manipuladora de las mujeres. Tonto de mí que creí que comenzabas a sentir algo por mí.

—Y te prometo que así ha sido. —Las caricias de sus manos en mi cara me dolieron.

—¿Ha sido así, pero te casas con otro? Joder, yo sé que no lo tuviste fácil en la vida, pero todo eso quedó atrás. Lo que yo te iba a proponer es que empezaras de cero, si quieres, porque Ivette también va a crecer y algún día se enterará de cosas que no le gustarán.

—No metas a Ivette en esto, por ahí no vayas.

Vale que me venía bien meterla porque así hacía más presión aún, pero no me hacía falta recurrir a la niña para intentar que ella cambiara de opinión.

—Ok, pues la dejo a un lado, ¿qué hay de mí? ¿Te casas por dinero? Porque si es así no nos

faltaría un buen sueldo y tú podrías...

—¿Crees que una luchadora como yo se casa por dinero? Abre los ojos, Thiago, yo dinero sé hacer... Está claro que no me conoces.

—¿Y cómo quieres que te conozca si en nada me has dado un palo que casi me dejas en el sitio?

—Yo no he querido hacerte daño, te lo prometo.

—O sea, que me he convertido de golpe en eso que llaman “daños colaterales”, como los de las guerras, ¿no?

Había que joderse...

—Yo no te puedo dar más información, solo quiero que sepas que no me caso por dinero.

—¿Y entonces? No me vayas a decir que te casas por amor, porque entonces sí que me río en toda tu cara.

—El amor tiene muchas manifestaciones, y una de ellas es la lealtad, no hace falta que se trate de un amor pasional.

—O sea que el tío ni te gusta ni nada, y tú has dinamitado lo nuestro por lealtad. De narices, de narices de bien lo estás haciendo, guapa. Mira, esto es un despropósito, no voy a seguir escuchando tonterías.

—Ni yo te aconsejo que sigas indagando, por desgracia lo nuestro no tiene arreglo.

Capítulo 20



Lo que no tenía arreglo era su cabeza, que parecía estar como una regadera.

Y a quien también tuve que escucharle el piquito fue a Claudio, que se quedó totalmente frustrado.

—Tío, ¿se puede saber por qué teníamos que irnos a esa velocidad? Para una vez que iba a mojar, aunque fuera pagando.

—Pues te metes en una página de esas de citas, que la gente se lo monta que no veas, lo siento.

—Eso, eso, en una página de citas y ya mojaré cuando a ti te venga en gana. Voy a soñar con la rubia esa hasta que los sapos bailen flamencos, ¿y tú qué has hablado con Aria?

—Yo poca cosa, nos hemos acostado, eso sí.

—¿¿¿Qué dices??? ¿Me sacas a mí a toda pastilla cuando tú sí que has salido desahogado?

—¿Desahogado? No me toques los cataplínes, Claudio, he salido más escaldado todavía.

—Pues sí que estamos apañados, ¿y de quién fue la idea?

—De ella, fue de ella, que me dijo que si lo iba a hacer con alguien...

—Tú dirás lo que quieras, pero no ha podido soportar los celos.

—¿Los celos ella, cuando va a casarse con otro?

—Sí, los celos, por eso no ha podido soportar la idea de que te fueras con otra de las chicas. No hace falta que te diga que todo esto es muy raro, ¿no?

—No, es lo suficientemente raro como para que yo necesite una copa y urgente.

—Sí, una detrás de otra, menos mal que es sábado porque hoy sí que la cogemos doblada, y requetedoblada.

Efectivamente, unas horas después, no nos entendíamos más que entre nosotros.

—Una sola vez en la vida, una puta sola vez y me ha dejado el jodido corazón en carne viva—murmuraba yo con voz de borrachín.

—Pero al menos tú has follado, que yo tengo aquello como un *joystick* de tanto darle solito.

—No me cuentes tus penas, que ni te imaginas las ganas de llorar que tengo.

—Pues si tienes ganas, no te reprimas...

No hay nada más penoso que un borracho al que le dé llorona, pero es que yo no pude hacer otra cosa que dar rienda suelta a la inmensa amargura que llevaba dentro.

El domingo cuando me desperté me sentí como si me hubiera pillado un autobús; entre la enorme resaca, lo duro que era el haberla poseído por una sola vez en la vida y la tristeza que me producía su engaño, no tenía fuerzas ni para echar viento.

De hecho, si Marcos no hubiera llamado a mi puerta ni me habría levantado en todo el día.

—Me ha dicho Israel que el asunto está chungo, ¿puedo pasar? Joder, tío, hueles a alcohol que apesta.

—Pasa, creo que anoche Claudio y yo nos pasamos un poco con las copas.

—¿Un poco? Si te acerco una cerilla al pozo ardes como un dragón. Vamos a pedir unas pizzas.

—¿Y Elisa?

—Calla, que me ha dado el día libre. Está ultimando con mi hermana los detalles de su boda, que es la semana que viene.

—Una boda, qué romántico. Yo me cago en las bodas y en el que las inventó.

—Menuda faena la de esa chica, pero eso no tiene ni pies ni cabeza.

—No, y menos cuando te cuente que anoche me acosté con ella.

—Venga ya tío, os van a comprar el guion, esto se sabe y os lo compran. Me lo tienes que contar todo, pero antes ve a darte una ducha, que hay cadáveres con mucho mejor aspecto que tú.

Entré en el baño y, al mirarme al espejo, comprobé que a mi amigo no le faltaba ni una pizca de razón. Hasta los pelos pegados tenía que parecía un tonto de capirote.

Cuando salí el corazón me dio un doble salto mortal con tirabuzón al ver que tenía un wasap de Aria, ¿se habría echado atrás en los planes de la boda del año? “Tranquilo, máquina, a ver si la vas a espichar ahora”, me dije antes de abrirlo.

Si la espichaba sería del cabreo, porque las buenas noticias seguían sin hacer acto de aparición.

“Lo siento de todo corazón. Nunca quise hacerte daño y te deseo todo lo mejor”.

Un mensaje demasiado convencional para una mujer que no lo era en absoluto, ¡maldita sea!

No merecía ni una respuesta, por lo que salí con un dolor de cabeza de espanto, pero al menos oliendo bien del baño.

—¿Tienes noticias?

—Sí, noticias frescas como el rocío de la mañana, que me he levantado poético; que la muchachita lo siente todo mucho.

—Y el polvazo que echó anoche contigo, ¿ese no lo siente? Porque el novio lleva unos cuernos de impresión, para pasearlo de plaza en plaza de toros.

—Me importa una mierda el novio, sus cuernos y las malditas razones que la llevan a casarse

con un tipo que ni le va ni le viene, pero yo hasta aquí llegué con este tema.

—Quien no te conozca que te compre, amigo. Tú dices eso porque te sientes mal y andas con un dolor de cabeza de espanto, pero yo te conozco y no te gusta perder ni al parchís.

—Joder, no me hagas reír, que me duele el coco una barbaridad.

—No, si al final el tonto del pueblo soy yo, que vengo a animarte y a invitarte a comer y voy a tener que estar más serio que un cuarto de especias.

—Cállate ya un poquito y no digas majaderías, anda. —Le tiré con un cojín y fui a darle en toda la cabezota esa que tenía, que necesitaba dos gorras para cubrirla.

—Eso tú muerde la mano que te da de comer, so desagradecido, ¿y dónde tienes el mando de la tele? Que si piensas que me vas a tener todo el día escuchando cómo te das en el muro de las lamentaciones, la llevas clara.

Capítulo 21



El estreno de semana iba a ser de película, porque no me había levantado de peor humor desde tiempo inmemorial.

Llegué al banco y Claudio lo captó al vuelo.

—¿Qué tal vas? —Se acercó por mi despacho en su rato del desayuno.

—Mal y tú no deberías perder el tiempo, ve a desayunar.

—¿Ahora te has convertido en mi madre?

—Puede ser, venga, ve a lo tuyo y yo a lo mío, que no puedo estar siempre con lo mismo en la cabeza.

No podía, pero estaba. Si digo que no le daba vueltas a lo mío con Aria miento como un bellaco.

—Pues igual tu suerte cambia sin que levantes un dedo, tienes visita.

Se apartó del marco de la puerta para que viera a “la visita” en cuestión, que no era otra que “ella”.

Impresionante con un vestido camisero en naranja y unas altas sandalias, estaba que quitaba el hipo.

—¿Aria? ¿Tú por aquí? —Me levanté como si acabaran de darme corriente.

—¿Tendrías unos minutos para que hablásemos?

—¿De negocios? Porque si es así como que no me interesa.

—No he venido a hablar de negocios, por favor, ¿podemos salir de aquí?

Cuanto más me implicara con ella, más riesgo corría de dañarme, pero no era algo que me importase, a la mismísima Estación Espacial Internacional la hubiese acompañado si ella así lo quisiera.

Jamás había sentido mayor intriga que en esos momentos, pero entendí que no era plan de ir hablándolo por el camino como si tal cosa, necesitábamos sentarnos y charlar con tranquilidad.

Cuando por fin nos pedimos un par de cafés, el mío solo porque necesitaba algo fuerte, le pedí que me contase.

—¡No me caso! —me soltó y pensé que o no estaba buena de la cabeza (que también cabía

esa posibilidad a juzgar por su proceder) o la vida se había girado en mi favor.

—¿Qué dices? ¿Tú te has propuesto que a mí me tengan que poner en tratamiento? Vas a desquiciarme por completo.

—Lo entiendo y sé que son muchas las explicaciones que debo darte, pero no podía esperar para contártelo. —Tenía el pelo recogido, era la primera vez que le veía la cara tan despejada, y mi sensación fue que estaba todavía más guapa.

—Empieza, por favor—suspiré pensando en lo distinto que sería todo si me daba una explicación convincente de aquello.

—No sé por dónde, tengo muchas cosas que contarte para que me entiendas.

—Por el principio estaría bien, yo es por darte una idea. Venga, arranca ya, que me estás poniendo taquicárdico.

Mientras la miraba no podía evitar ver las escenas con ella en la cama, en aquella habitación en la que se desató la locura sexual entre nosotros.

—De veras que me cuesta mucho hablar de ello, pero yo no tuve una infancia nada fácil...

—Te puedo ahorrar una buena parte de la historia.

—Sé que así es, ¿hasta dónde te han contado? —No me pidió que le revelara mis fuentes, un alivio.

—Hasta tu marcha del colegio.

—Pues dile al pajarito Aitana que casi se lo agradezco—me espetó.

Guardé silencio ni confirmé ni desmentí, pero no hacía ninguna falta.

—Sigue, por favor.

—La noche que me escapé la pasé vagabundeando por toda Barcelona, no puedes imaginar el miedo que sentí, además del frío, del hambre y...

—Y de la desolación, ¿no?

Asintió con la cara y yo sentí que la quería, la tenía que querer a la fuerza.

—Sí, entonces caminando, caminando fui a parar a la puerta de una casa que tenía un pequeño porche en el que me refugié porque, para que no me faltara de nada, comenzó a llover.

—Pobre mía. —Le cogí la mano, con independencia de lo que tuviese que contarme, su historia era de aúpa.

—Sí, créeme que lo pasé fatal. A media noche, un gatito que estaba como yo, solo y desvalido, comenzó a maullar. Lo siguiente que vi fue que una mujer salió, tenía unos treinta años y era muy guapa. Yo corrí a esconderme, pero, al hacerlo, me tropecé con un tablón y ella se percató de mi presencia.

—¿Y te hizo algo malo?

—¿Lule? No, ella fue muy buena y bondadosa conmigo. Creí que Lule no tenía hijos y, aunque también era muy joven, yo le inspiré gran ternura, por lo que me hizo pasar.

—¿Te quedaste con ella mucho tiempo?

—Sí, con ella y con su marido, Yeshe, unos diez años mayor que ella.

—Y con esos nombres no me vayas a decir que son catalanes de pura cepa.

—No, claro que no, aunque tendrías que ver cómo bailaba Lule las sardanas, para flipar, pero eran albaneses.

—Esa gente es muy espabilada.

—Sí, pero el espabilado de verdad no había llegado todavía, ese fue Dardan.

—¿Quién es Dardan?

—Dardan es el hermano de Yeshe y el padre de mi hija. —Hizo una pausa.

—No me fastidies... ¿Te violó?

—No, no me violó, solo me comió el coco. Yo ya llevaba una temporada viviendo con ellos cuando el tal Dardan llegó. Incluso pensé en volver a estudiar de nuevo, porque Lule me tenía un cariño enorme y Yeshe, con tal de que ella estuviese contenta accedió a que quedase en su casa.

—Qué curioso.

—Sí, él se sentía culpable porque ellos tuvieron que irse de su país por unos líos tremendos que tuvieron, nunca supe por qué, porque en España eran trabajadores corrientes y molientes.

—Y llegó Dardan para fastidiarlo todo.

—Sí, pero yo todavía no lo sabía. Él tenía quince años más que yo y, desde el principio me pareció muy carismático, aunque luego entendí que no era así, sino manipulador, controlador, chantajista... Un buen día, Lule me contó que ellos sí que tuvieron un hijo y me quedé helada; se llamaba Aleksander y solo tenía unos años menos que yo. Entonces entendí el porqué de su calurosa acogida. Para ella, en cierto modo, yo suplí su carencia.

—Cielos, qué lío...

—No lo sabes tú bien. Cuando quise darme cuenta, yo ya estaba enamorada de Dardan y salí andando con él, porque entre ellos se produjo una bronca monumental. Yo, cegada, me puse de parte de aquel borrico que resultó estar metido en temas de drogas, pero ellos nunca me culparon por ello, a sabiendas de que él tenía un gran poder de convicción.

—Aunque tú te sentirías culpable.

—Sí, para Lule fue como la segunda vez que perdía a un hijo, ya que Aleksander nació con un problema del corazón y ella optó por dejarlo con su madre a la espera de tener una mejor vida que ofrecerle en España.

—Te prometo que no entiendo hacia dónde va todo esto.

—Ten un poco de paciencia. Te cuento, Dardan, no contento con el tema de las drogas, se metió también a fondo en el mundo de la prostitución, era súper ambicioso. Ahí fue donde yo entré en contacto por primera vez también con un mundo que hasta entonces me fue totalmente ajeno.

—Ya, ya, lo imagino.

—Y un buen día te enteras de que estás embarazada de él.

—Sí, y quiero salir corriendo de todo aquello y hasta lo consigo...

—Es que, lo que no consigas tú...

—Pues lo que no logré fue dar con Lule y con Yeshe, que por lo visto se habían ido a su país porque Aleksander se había puesto muy malito.

—Total, que las cosas fueron de mal en peor.

—Sí, tuve que sobrevivir como pude, de la caridad, hasta que nació mi niña.

—¿Y Dardan no te buscó?

—Al principio sí, por orgullo, no porque nos quisiera para nada ni a mí ni al bebé que venía en camino, pero se hizo el machito. Yo creí que me mataba el día que me encontró, pero logré escaparme de nuevo y entonces...¿sabes dónde me metí?

—Ni idea.

—Pues en el mismo colegio del que un día salí escopetada. Todas las monjas, tanto las que en su día me creyeron como las que tuvieron que darme la razón a posteriori, me acogieron con mucho cariño.

—Me alegro de corazón de que así fuese.

—Gracias, pues sigo... Cuando mi niña nació decidí que ella no iba a pasarlo como lo pasé yo y me metí en el único mundo que había conocido; el de la prostitución, porque el de las drogas sí que lo descarté.

—¿Y trabajaste de prostituta?

—Sí, pero muy poco tiempo. Ahí sí que tuve un enorme golpe de suerte, porque un día me tocó un boleto de lotería, ¿puedes creerlo? No es que fuese una cantidad desorbitada, pero sí la suficiente como para alquilar el piso de Paseo de Gracia durante una buena temporada.

—¿Y entonces?

—Entonces decidí que yo me retiraba y que sería la gerente del negocio. Siempre he sido muy avispada, eso es cierto, y una buena relaciones públicas. En poco tiempo me hice con una estupenda cartera de clientes y el negocio empezó a darme dinero para que mi niña y yo viviéramos bien.

—A costa de sacrificar tu vida privada.

—¿Vida privada? ¿Eso qué es? No, en serio, mi vida ha sido mi negocio y mi niña, ningún otro elemento perturbador en ella hasta que apareciste tú.

Me debió brillar la mirada una barbaridad cuando lo dijo. Yo ya intuía que no había ningún otro hombre, que lo de la boda debía ser un asunto más raro que un perro verde.

—¿Y qué pasó conmigo?

—Pues que poco a poco me he ido enamorando de ti en estas semanas... Unas semanas que

por otro lado han sido las últimas de una temporada muy complicada para mí.

—¿Y eso?

—Pues porque hace unos meses Lule y Yeshe reaparecieron en mi vida.

—No me fastidies, ¿y eso te complicó?

—Sí, resulta que ya llevaban unos años de vuelta en España, se habían traído a su hijo Aleksander con ellos, que ya es un hombre... Y Dardan volvió a joderlos por segunda vez.

—Pero bueno, el tío ese es como el rey Midas pero al revés, todo lo que toca lo convierte en mierda.

—No lo sabes tú bien. Resulta que Aleksander sucumbió a la oferta de su tío de ganar mucho dinero fácil y se metió en todos sus tejemanejes. Por lo que pude comprobar al conocerlo no es mal niño ni mucho menos, pero su enfermedad hace que le falte un hervor, por lo que no calibró bien dónde se estaba metiendo. Y la policía ha ido estrechando el cerco sobre él...

—Y ahora ya voy viendo por dónde viene el tiro; sus padres te han pedido que te cases con él antes del juicio para evitar que lo expulsen a su país, ¿no es así?

—Justo así y yo no veía la forma de zafarme de ese compromiso, porque daría un pulmón por ayudarlos.

—Eres muy buena, bonita, muy buena.

—Soy muy leal, solo he querido devolverles una parte de la ayuda que ellos me prestaron.

—Pero yo lo habría comprendido a la perfección, solo tendrías que habérmelo contado.

—No era un caso de firmar los papeles y punto, nos iban a mirar con lupa comprobando que vivíamos juntos y demás. Lo que sus padres pretendían era que cumpliera condena aquí, no en su país, donde todo el sistema es más crudo y las cárceles ni te cuento.

—¿Y por qué ha cambiado todo esto?

—Porque lo he puesto en conocimiento de mi abogado a primera hora de la mañana, necesitaba que me fuera preparando los papeles para el matrimonio y tal, y me ha comentado que, dadas las peculiaridades del caso, ¡Aleksander será declarado inimputable y tampoco van a repatriarlo!

—Total, que hoy sí que nos ha tocado la lotería, pero a los dos, ¿no?

Capítulo 22



En la vida me sentí más aliviado. Además, comprobé que, si fuerte había sido siempre Aria, ahora ya se convertiría en una fuera de serie, dado que no le dolieron prendas en hacerle llegar al criminal de Dardan el mensaje de que ella no le tenía ningún miedo y de que estaba más que dispuesta a tirar de la manta al no cesar él en su empeño de hacerle daño a sus seres queridos.

—¿Te veo esta tarde? Dime por favor que te veo esta tarde, te necesito más que nunca.

—Esta tarde lo veo muy complicado porque tengo que reunirme con mi abogado, pero te prometo que mañana merendaremos los tres juntos.

—¿Los tres? No te imaginas lo feliz que me hace escuchar eso.

—Sí, sí que me lo imagino. A mí también me hace muchísima ilusión y a Ivette le vas a caer de escándalo. Pero que tú también te vas a divertir mucho con ella, ¿eh? Siempre le está dando vueltas al coco, ideando alguna trastada. Se queda conmigo como quiere, a cada momento.

—Pues mira que la madre no es ninguna tonta del bote, menuda espabilada.

—Pero la niña más, ¿estás contento?

—Estoy contento, aliviado, relajado y vuelvo a creer en el ser humano, porque había perdido toda la fe en él, después de lo de tu improvisada “boda”.

—Y yo lo entiendo, pero me debía a ellos, me salvaron la vida en su día y yo, por mi juventud, les pagué con la peor de las monedas. Cuando me pidieron ese favor comprendí que tendría que sacrificarme, que debía devolverles una parte de lo mucho que me habían dado.

—Ya, y el destino, que es un cachondo de mucho cuidado, no tenía otro momento que hacerlo que aquel en el que tú y yo nos estábamos conociendo.

—No te imaginas lo que odié esa coincidencia. Toda la vida sola y, para una vez que conozco a un hombre que...

—¿A un hombre qué? Ahora me tienes que regalar un poquito el oído, me lo debes...

—A un hombre que merece la pena, porque sé que mereces la pena.

—¿Y solo eso? Porque aparte de merecerla, algo más te provocaré, ¿no? Que, si no, es muy penoso, valga la redundancia.

—Me provocas, me provocas... ¡Comerme esa cara es lo que me provocas! —Y sin más me

dio un beso que ese sí que fue un señor beso... Uno de esos besos largos e inacabables que te hacen suspirar y que te remueven el alma, un beso de esos que no olvidarás por muchos años que pasen y que te oxigenan una barbaridad.

—Yo sí que te voy a comer a ti, bonita... ¡Y por cierto que no veo la hora!

—Mira, no me tires de la lengua, que si no me comiste el otro día, que venga Dios y lo vea.

Me hizo reír; sí que me la había comido, pero en el momento en el que lo hice mis sentimientos eran de lo más contradictorios, por lo que no lo disfruté como sabía que lo disfrutaría a partir de entonces.

Me despedí con ella con la esperanza de que las horas que faltaban para verlas al día siguiente y merendar transcurrieran lo más rápidas posibles.

Por fin, la tarde siguiente toqué su puerta, ataviado con la mejor de mis sonrisas y con un par de ramos de flores, uno para cada una.

Me abrió Aurora, la señora que cuidaba de Ivette, y enseguida salió Aria, con un mono cortito en color camel que le sentaba como un guante.

—Ey, preciosa, aquí tienes unas flores y otras para Ivette, que espero que también le gusten.

—Le van a encantar, ahora mismo la llamo.

El piso era una preciosidad, de lo más coqueto y luminoso y, por lo que yo iba viendo debía ser enorme.

—¡Ivette, cariño, sal que ya ha llegado Thiago!

Ni contestación, cosas de jóvenes.

—Voy a buscarla, que igual se ha metido en la ducha y ya sabes que tiene para media hora— le comentó Aurora.

—Pasa, te voy a enseñar la casa, aunque estamos de obras, cambiando la tarima de mi dormitorio—me indicó.

—Buff, pues si estáis de obras me voy, que igual solo me has hecho venir para explotarme.

—A ti ya te explotaré yo, pero de otras maneras que se me ocurren—me confesó por lo bajini y sentí hasta una descarga eléctrica de la emoción.

—Calla, por lo que más quieras, que me vas a desarmar por completo, y luego a ver quién es la guapa que me controla—le contesté en el mismo tono bajo.

Un minuto después, Aurora apareció con cara de pocos amigos.

—Aria, yo no quiero asustarte, pero la niña no está en casa.

—¿Cómo que la niña no está en casa? No puede ser.

Tremendamente inquieta, salió volando hacia dentro.

—No está, y lo peor no es eso, es que el carpintero tampoco.

—¿El carpintero tampoco? Pero si he hablado con él hace solo cinco minutos, no es posible.

Me temí lo peor, aquel tipo se habría llevado a la niña.

—¿Cómo vino ese carpintero, ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—En una furgoneta de esas rotuladas—me contestó ella desde lejos con un enorme tono de preocupación.

—Ahora vuelvo.

Literalmente debí volar por las escaleras, porque no recuerdo que mis pies tocaran los escalones. Aria vivía en un segundo piso y no quise esperar al ascensor, pues no había tiempo que perder.

Llegué a la calle a tiempo de ver como un tío enorme, una especie de Oslo de “La casa de papel” arrancaba la furgoneta a toda velocidad. Me quedé con la matrícula mientras corría hacia ella. En vano, porque el tío sabía lo que se hacía y esquivó a un coche que podría haberle supuesto un obstáculo.

A la niña no la vi, obvio que debía llevarla en el compartimento trasero, pero por su maniobra no había duda de que aquel desalmado la estaba secuestrando.

Aria miraba desde la ventana y su gesto de desolación era total. La pesadilla volvía a cernirse una vez más sobre su vida.

¿Acaso no terminaría nunca?

Capítulo 23



Cuando quise darme cuenta, Aria ya había bajado y estaba a mi lado.

—¡Mi niña, ese tío se ha llevado a mi niña!

—Vámonos ahora mismo para comisaría, igual está fichado.

—Estoy muerta de miedo, ¿y si le hace algo malo?

—No le va a hacer nada malo, ¿estás pensando en lo mismo que yo?

—Yo creo que su padre está detrás de todo esto, ¿piensas lo mismo?

—Sí, el tío debe tener mucho que esconder y se ha acojonado cuando le has plantado cara como lo has hecho. No tengo duda de que es eso lo que ha pasado.

—Pero eso no me tranquiliza, tú no sabes del tipo de hombre del que estamos hablando, él no conoce los escrúpulos.

Lo que tendría que conocer sería mi puño si lo pillase, aunque por lo que había visto en el carpintero de las narices también debían repartir hostias como panes.

—Vamos hacia mi coche, no perdamos el tiempo.

Llegamos a comisaría y no tardamos en dar con el tipo en cuestión en los ficheros policiales, pues el tío no estaba fichado, sino archifichado.

Nos estuvieron tomando declaración un buen rato y apenas tuvieran duda de que detrás de todo aquello estaba el padre de la niña, dado que el tipo era un malhechor que colaboraba con el otro prenda.

—Mi niña, la he puesto en peligro, no tendría que haberme enfrentado a Dardan—sollozaba mientras el inspector de guardia coordinaba la búsqueda de Ivette por parte de todas las patrullas.

—Tú lo único que has pretendido es defender la verdad y aspirar a vivir con total libertad, sin que ningún hijo de perra quiera cerrarte la boca. Y yo estoy tan orgulloso de ti...

—Pero el orgullo a veces no sirve para nada. Si a mi niña le llega a ocurrir algo, si a mi pobrecita niña...

—Tu niña va a estar bien, él no le va a hacer daño a su propia hija.

—Señora, hágale caso a su pareja—era evidente que lo éramos, yo la tenía abrazada—, este tipo lo único que pretende es callarle a usted la boca, su hija va a estar bien—añadió el policía.

—Es que esto es una pesadilla, he sido muy impulsiva, tenía que haberlo calibrado todo mejor, recordar el tipo de persona que es Dardan...yo he visto cómo trataba a las chicas, igual que si fueran ganado. Por eso yo a las mías, a las que trabajan conmigo, he procurado que no les dé ni el viento.

—Y bien orgullosa que puedes estar de ello, cariño.

Seguí abrazándola porque el infierno por el que debía estar pasando no era cualquier cosa. En mi interior, por mucho que se lo negara, sí que tenía el temor de que a Ivette pudiera sucederle algo, ¿y si el tipo se veía acorralado y se vengaba de su madre a través de ella?

No, no podía sucedernos eso. Ahora que estábamos tan cerquita de ser felices juntos... No nos lo merecíamos, nos merecíamos disfrutar de lo nuestro con la que ya consideraba que también era mi niña.

Qué tarde tan distinta a la proyectada...

—Ahora deben irse a casa. Es muy probable que esa gentuza trate de ponerse en contacto con ustedes en las próximas horas. Señora, no puede perder las formas. Para ayudar a su hija tiene que mantener la calma. Sangre fría, no lo olvide...

¿Sangre? Sangre sería la que hiciera correr yo en el caso de poder, que me desgarraba por completo el alma ver a Aria en esas circunstancias. Ella, que siempre se ponía el mundo por montera y se mostraba firme ante la adversidad, estaba más hundida que tocada.

En cierto modo, también me sentía un poco culpable de la situación, porque vale que buscara un modo de no casarse con Aleksander, pero quizás el ímpetu de lo nuestro la empujó a plantarle cara a Dardan y, aunque yo le dijera lo contrario, cabía la posibilidad de que esa decisión le costase un precio demasiado alto.

Nos fuimos a casa totalmente cariacontecidos.

—Aria, te voy a preparar una tila, algo te reconfortará—le decía Aurora mientras le acariciaba el pelo.

Se veía que era más buena que el pan y su cara de horror también reflejaba por lo que estaba pasando.

—Vale, pero solo si te preparas tú otra.

La calidad humana de Aria, y el hecho de que ella hubiese vivido la otra cara de la moneda, hacía que no actuara nunca como una jefa. Y con Aurora menos todavía, pues se notaba la adoración que le profesaba.

—Vale, vale, ¿tú quieres una, Thiago? —me ofreció Aurora.

Ni tiempo habíamos tenido para las presentaciones, pero también ella sabía quién era yo.

—No, muchas gracias, con un poco de agua será suficiente.

La boca la tenía seca, la tensión era máxima y notaba los brazos y las piernas más cargados que en ningún otro momento de mi vida.

—¿Y si llega la noche y no sé de mi niña? No puedo enfrentarme a eso, Thiago, ella es mi tesoro, mi Ivette. —Las lágrimas resbalaban sin cesar por sus mejillas.

—Tenemos que prepararnos para eso, pero si no llaman esta noche, lo harán por la mañana. Este secuestro tiene un fin y esos desgraciados nos lo comunicarán pronto.

—No, yo no puedo estar tanto tiempo sin saber de ella. A mí me da a dar un infarto, ¿es que no lo comprendes?

Aurora me miraba con impotencia absoluta, la misma que sentía yo. Cualquiera de los dos habríamos dado más de lo que poseíamos por ahorrarle a Aria ese dolor, pero era imposible.

—Ivette va a estar bien, ya la conoces, siempre tiene soluciones para todo. Ella se va a evadir mentalmente de lo que está pasando y, en cuanto nos la devuelvan, va a volver a ser la niña feliz que siempre está buscándonos las vueltas para salirse con la suya—la consoló ella.

Al escucharla hablar en esos términos de su hija, con tanto cariño, Aria esbozó una sonrisa que se mezclaba con su incesante llanto.

—Qué haríamos nosotras sin ti, mi Aurorita...

La mujer se abrazó a ella. Las pocas personas que estaban en la vida de Aria eran de su total confianza. Ello decidió en su día que menos es más, y escogió bien.

También en su última “adquisición” había acertado. Yo no la defraudaría, no después de la oportunidad que la vida me estaba dando de vivir algo maravilloso al lado de una mujer única.

Expectantes, la noche nos sorprendió al lado del teléfono...

Capítulo 24



—¿Por qué no suena? Joder, ¿por qué no suena? —repetía ella una y otra vez.

—Porque se estarán tomando su tiempo para ponerte en el palo, seguro que es por eso, bonita.

Si aquello se prolongaba muchas horas, Aria perdería la cabeza. Qué situación tan impensable y tan dolorosa la que estábamos viviendo.

Por fin, a las doce y media de la noche, ella se tiró a descolgar el teléfono cuando este sonó.

—¿Es usted la madre de Ivette? —le preguntó una voz femenina.

—Sí, maldita sea, ¿dónde la tenéis? ¿Qué habéis hecho con mi niña?

—Tranquilícese por favor. Soy Ana Pardo, vivo en una casita de las afueras de Villanova y su hija acababa de tocar en mi puerta. Está bien, se la paso.

Los tres nos miramos y nos cogimos de las manos.

—Ivette mi niña, ¿estás bien?

—Estoy bien, mamá, me escapé hace unas horas. Cuando iban a bajarme de la furgoneta, les dije que me dolía mucho, mucho la barriga, que en los últimos días me habían dicho que podía ser apendicitis y, mientras el carpintero le dijo a otro tío muy chulo que había allí que llamara a un médico, salí corriendo. Dile a Aurora que lo de estar como una pluma de delgada, que siempre se queja, que no me ha venido mal, porque corrí que me las pelaba y me refugié en un bosque. He estado allí este tiempo hasta que los he despistado y, cuando escuché que se subían en los coches, me fui en dirección contraria hasta que encontré la casa de Ana.

—Hija mía, que lista eres.

—Sí, mamá, pero allí se ha liado, porque el tío ese tan chulo le dijo al otro que era un inútil por haberme dejado escapar y yo he escuchado un tiro. Pero mamá, un tiro de verdad y ya no escuché nada más. Luego salió más gente y él dijo que se deshicieran del fiambre. El fiambre es un muerto, ¿no, mami?

Comprobé que la peque era locuaz hasta quedarse sola, porque era imposible que se callase.

—Cariño, tú ahora no pienses en eso.

—Vale, mami, Ana os está enviando la ubicación y también va a llamar a la poli, ¿voy a salir mañana en las noticias? Porque si es así me tienes que llevar a la pelu, que con tanto jaleo no

veas si se me ha enmarañado la melena.

La pera limonera era la *influencer* esa que nos había salido. Acababan de secuestrarla y estaba tan pancha, pensando que no podía salir con esos pelos en las noticias...

—Vámonos ahora mismo—le dije en cuanto colgó y me la llevé de la mano.

—Aquí os espero, dando gracias al cielo de que ha aparecido la niña. —Aurora también reía y lloraba a la par por la enorme emoción del momento.

La policía ya estaba con ellas cuando llegamos. La peque, hecha un fenómeno de la información, le daba a los agentes toda clase de información sobre un secuestro que abortó con su ingenio.

—¡Mi niña! —le chilló Aria cuando la vio y ella se echó en sus brazos.

—¡Mami! Que se creían esos que iban a poder con nosotras, ¿sabes quiénes eran?

—Cariño, ya te contaré, hay muchas cosas que no sabes, pero lo único importante es que estás bien y que nos vamos a ir a casa enseguida.

Tanto como enseguida, fue mucho decir, porque el papeleo fue casi interminable.

—No sé lo que voy a contarle a Ivette, no lo sé—me comentaba ella mientras le tomaban declaración a la peque en uno de los despachos.

—Ivette es una niña excepcional, con una madurez impropia para su edad.

—Es que todo esto va a trascender, se va a saber de mi pasado... Y de mi presente.

—Tu hija lo va a entender, ¿qué temes?

—Que le de vergüenza saber cómo se gana su madre el dinero. Aunque hace mucho decidí que era el mejor modo para subsistir con la mayor de las dignidades, creo que me equivoqué.

—¿Y?

—Y ahora temo perder a mi niña.

—No te equivocaste, hiciste lo que creías mejor para darle un buen futuro. Además, tú no has explotado ni retenido contra su voluntad a nadie. Tú les diste un lugar magnífico para trabajar a unas chicas que decidieron libremente dedicarse a eso.

—¿Crees que mi niña va a verlo así?

—Por supuesto que sí.

Un agente se nos acercó.

—Señora, el padre de su hija acaba de ser detenido y en unas horas pasará a disposición judicial. Si ya pesaban mil sospechas sobre sus presuntos delitos, ahora lo van a acusar de secuestro y homicidio; ese hombre tardará mucho, mucho tiempo en volver a ver la calle.

—Gracias por informarme.

—De nada, espero que este sea el comienzo de una nueva vida para usted y su hija. Esa chica nos ha sorprendido a todos por la manera de llevar una situación tan complicada.

Ver a Ivette explicarse con el inspector, sin parar de gesticular con las manos y con sus vivos

ojos que parecían hablar solos, era la mejor prueba de que aquella “artista” estaba hecha de la misma pasta que su mami.

Epílogo



Un año después...

Y hablando de “artistas” aquella noche debutaba mi cantante preferida en el “Amaranta” el pub de copas con actuaciones en vivo que Aria inauguraba.

—Gracias a todos por haber venido y gracias también por prestaros a escucharme. No sé si os va a gustar, pero sabed que voy a cantar con el corazón.

La gente aplaudió con ganas y yo comencé a silbar.

—Va por ti, cariño, por el que silba; ese es mi marido—les indicó y comenzó a cantar.

Cuando escuché los acordes de mi canción favorita, que quiso dedicarme, las lágrimas amenazaron con salir de mis ojos.

“Here I am (Aquí estoy)

And within the reach of my hands (Y al alcance de mis manos)

She’s sound asleep and she’s sweeter now (Ella está profundamente dormida y ahora es más dulce)

Aquella deliciosa canción, que tantas veces le canté en el oído durante ese año, ahora constituía su dedicatoria para nuestro amor en una noche en la que todos los ojos estaban puestos en ella.

Durante aquellos primeros meses sabáticos tras el secuestro de Ivette, que comprendió perfectamente las razones que llevaron a su mami hasta su trabajo, Aria decidió en lo que quería emplear todas sus fuerzas.

Habló con sus chicas y les planteó la posibilidad de abrir un bar de copas. Algunas de ellas estuvieran encantadas con la idea, mientras que otras rehusaron esta posibilidad para seguir dedicándose a lo que venían haciendo hasta entonces.

Las que permanecieron al lado de Aria en su nueva aventura empresarial se convirtieron en camareras y bailarinas de un local al que mi ya mujer le hizo una publicidad brutal antes de que abriera sus puertas.

Aria sería la relaciones públicas, pero también se dejaría caer cantando más de una noche, pues esa seguía siendo una de sus pasiones.

El local se vino abajo cuando escucharon su melodiosa canción, que acompañó con unas gloriosas notas de guitarra.

Verla allí, con ese precioso vestido plateado que tanto le favorecía, sentada y cantándome como si lo estuviese haciendo en privado, arrancó los aplausos de un público que le brindó todo su apoyo.

Cuando se bajó del escenario me fundí con ella en un interminable beso.

—Te has metido a toda la gente en el bolsillo, como hiciste conmigo, ¿tienes dotes de hechicera? —le pregunté mirándola radiante.

Nos habíamos casado seis meses antes, en una boda en la que, por su parte, además de sus amigos, acudieron Lule y Yeshe con Aleksandre, que ya estaba de nuevo en “el buen camino”.

De hecho, fue Yeshe quien apadrinó a la más elegante de todas las novias del mundo, con su vestido de corte recto y fino y delicado encaje que parecía su segunda piel. Seductora, vibrante, esplendorosa, deslumbrante... todos esos adjetivos y muchos más valen para definir a la que se convirtió en mi esposa y la madre de mi hija Ivette, a la que le di los apellidos.

No hace falta decir que la pelirrojilla me conquistó desde el primer momento y no me costó nada que ambas aceptasen la propuesta de asumir su paternidad cuando se lo propuse.

De luna de miel me las llevé a México. Y digo que me las llevé porque fui yo quien organizó el viaje y quien incluyó a la niña en él.

—Pero cariño, no es necesario, sé que lo haces por mí... y yo puedo entender que te apetezca que este primer viaje lo hagamos solos.

—Porque tú lo digas, yo a mi niña no la dejo en tierra porque no me da la gana—argumenté y ella me comió a besos.

Aquel pack de dos pasó a ser de tres y todos estábamos encantados de pertenecer a él.

La noche que estábamos viviendo era otra de esas que pasaría a la colección de nuestros mejores momentos.

—¡Vamos a brindar, cariño! Brindemos por nosotros y por este negocio que hoy hecha a andar. Y también porque no te robe demasiado tiempo, que me has acostumbrado demasiado bien durante este año—le comenté bromista.

—Sí, y ¡porque ampliemos la familia!

—¿Ampliar la familia? No me digas que estás...

—No, no todavía no, que traía muchas cosas entre manos. Pero ahora que ya todo está encarrilado, creo que ha llegado el momento de que nos pongamos a ello.

—No sé si voy a poder con un trabajo tan duro, ahí pico pala una y otra vez, preciosa. —La cogí por la cintura, allí mismo habría hecho el primero de esos intentos de no estar rodeado de gente.

—Yo creo que tú te quejas mucho. Si quieres lo dejamos, que ya con una... —Me buscó,

sabía de mis deseos al respecto.

—De eso nada, que yo quiero una familia como la mía, con un montón de enanos por ahí corriendo.

—¿Un montón? ¿Cuántos son un montón? Defínelo, *please*.

—A ti sí que te voy a definir... De momento vamos a por el segundo y ya se irá viendo.

No es que aspirara a tener un ejército, pero tres o cuatro sería un número genial. La juventud de Aria jugaba a nuestro favor y las muchas ganas de tener hermanitos de Ivette ya ni decir.

Mi mujer, definitivamente había dejado atrás un pasado que en más de un momento pudo volvérselo en contra. La que tenía ante mí no solo seguía siendo la chica más sofisticada y especial del globo, sino que también le había dado un giro de ciento ochenta grados a su vida.

De sus ojos desaparecieron las preocupaciones y el dolor fue dando fruto a la alegría. Mi orgullo por ella crecía por días y en aquella noche irrepetible sentía que la suerte me acompañaba más que nunca.

Mis hermanos, que también estaban allí, lo disfrutaron con nosotros, lo mismo que mis amigos, que ya eran nuestros.

Israel acudió con Aitana, que Cupido los cogió por banda a los dos, mientras que a Claudio le adjudicamos allí mismo a Alessandra, una de las camareras que Aria decía que lo complementaría a la perfección. Por su parte, Marcos vino con Elisa.

La vida nos trató bien, pero tampoco nosotros dejamos de luchar en ningún momento, y eso dio sus frutos.

Una sola vez en la vida era demasiado poco para tener entre mis brazos a una mujer que le había dado un nuevo sentido a mi existencia.

Una sola vez en la vida pedí al universo una oportunidad y este me escuchó con atención, pues todo lo que le pedí lo recibí y por partida doble.

Una sola vez en la vida me fijé en una guerrera que valía por un millón, ¡a la vista está!

RRSS:

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano